

NEWMANIANA

AÑO XXII- NÚMERO 59

DICIEMBRE 2012



Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXII- N° 59
Diciembre 2012

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - Martínez
Pcia. Buenos Aires República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
fmcavaller@uolsinectis.com.ar

Índice**EDITORIAL**

En el Año de la Fe miremos hacia los testigos de la Fe. 2

ENSAYO

La supremacía de la Fe: consideraciones de Newman
sobre la Fe y la razón..... 5

SERMÓN

El poder secreto de la gracia divina..... 11

POESÍA

El mes de María 17

SERMÓN

La religión de los fariseos, la religión de la humanidad.. 18

ARTÍCULO

La caridad pastoral del padre Newman 25

MEDITACIONES

Dos meditaciones marianas para Navidad 35

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

En el Año de la Fe miremos hacia los testigos de la Fe

Newman no sólo predicó sobre la fe, como sacerdote, y escribió verdaderos tratados sobre la misma, como teólogo, sino que escribió vidas de Santos y semblanzas de Santos Padres y hombres de Iglesia, es decir, testigos vivos de la fe.

Las semblanzas de los Santos Padres fueron publicadas en 1840 con el título *La Iglesia de los Padres*. Allí aparecían figuras como las de San Antonio Abad, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, San Ambrosio, San Agustín, San Vicente de Lerins, San Martín de Tours, los mártires milaneses Gervasio y Protasio. Era un cuadro olvidado de la antigüedad cristiana. Nos dice en la *Apología*: “Pretendía introducir en la moderna Iglesia de Inglaterra los sentimientos, ideas y costumbres religiosas de los primeros siglos”.¹

Esta misma razón lo llevó a otra obra similar: “Se me ocurrió la idea de publicar unas *Vidas de los santos ingleses*, y a este propósito hablé con un editor. Me parecía un proyecto útil, pues entretendría a personas que corrían el peligro de extraviarse, llevándolos de la doctrina a la historia y de la especulación a la práctica.”² Y en la edición de la misma *Apología*, como nota final D, aparece un texto de 1843 en el que Newman, todavía anglicano, presentaba el catálogo de los santos ingleses cuyas vidas pensaba editar, con el título *Vidas de los Santos ingleses* editadas por el Reverendo John

Henry Newman, Bachelor of Divinity; Fellow de Oriel College.

Allí dice lo siguiente:

“Poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia. A los que hoy vivimos se nos ha ahorrado presenciar la ruptura de la Ciudad de Dios, cosa que nunca imaginaron los primitivos creyentes pero, por otro lado, podemos asistir al espectáculo de sus triunfos y de los grandes hombres que vivieron a los largo de una época que es causa de los infortunios que actualmente ensombrecen la Iglesia. Si fueron bienaventurados los que vivieron en los tiempos primitivos y vieron frescas las huellas de Nuestro Señor, y oyeron el eco de la voz de los Apóstoles, también los somos nosotros porque nos cabe la dicha de ver a este mismo señor revelado en sus santos.

Las maravillas de su gracia en el alma del hombre, su poder creador, sus dones inagotables, su obrar multiforme, todo eso lo conocemos nosotros y no ellos, que nada saben de san Gregorio, san Bernardo, san Francisco y san Luis. Así, pues, al fijar los ojos en la historia de los santos – y al sacarla a luz –, no hacemos más que gozar del consuelo y del premio a las tribulaciones que el Señor, en su bondad, ha previsto para nuestro bien.

En este momento hay particulares motivos para recurrir a los santos de nuestra querida y gloriosa Inglaterra, tan favorecida de Dios como descarriada y desdichada. Este recurso

¹ Apo 95.

² Apo 211.



Pintura "Los Cuarenta Santos Mártires de Inglaterra y Gales", por Daphne Pollen.

nos servirá para amar mejor a nuestra patria, y amarla por mejores razones que hasta ahora; nos enseñará a vincular su territorio, sus villas y ciudades, sus montes y valles a cosas sagradas, nos dará una visión de su actual situación histórica en la economía divina y nos pondrá ante los ojos los deberes y esperanzas que ha heredado esta Iglesia que en tiempos pasados fue madre de San Bonifacio de santa Ethelreda.

Una selección de temas de la hagiografía de nuestra tierra bastaría para cumplir algunos de estos grandes propósitos, y en terreno tan ancho y rico para la investigación sería casi presuntuoso aspirar a más que una muestra parcial. La siguiente lista –no tan amplia, ni mucho menos, como pudiera haberse trazado – excede los límites que el editor se ha propuesto, por motivos prácticos. Ahora bien, tanto si al final se lleva a cabo una parte grande como si es pequeña, su objetivo consiste en publicar los puntos o períodos que expone a continuación, sin que ello implique dar la lista por cerrada. Huelga advertir que cualquier lista que pueda presentarse en este momento de nuestra empresa sólo puede presentarse en

este momento de nuestra empresa sólo puede aproximarse a ser correcta y completa en puntos de detalle, ni siquiera en el nombre de los autores.

El editor se ha tomado la libertad de incluir en la Serie a santos que nacieron en Inglaterra pero vivieron y trabajaron fuera. Y a la inversa, otros que tuvieron contacto con nuestra tierra aunque no nacieran en ella; por ejemplo, gentes que misionaron o predicaron aquí, reyes, maestros espirituales, fundadores de institutos o casas religiosas.

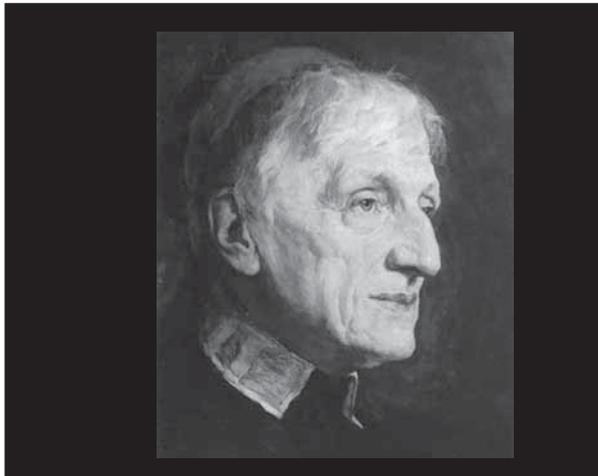
Se han incluido también en la Serie unas pocas personas eminentes o de vida santa, no canonizadas, pero memorables por su fama, su doctrina o por los beneficios que hicieron a la posteridad. [...]"

J.H.N.

Littlemore, 9 de septiembre de 1843.³

Es interesante observar que hizo la misma consideración acerca de la necesidad de conocer y contemplar las vidas de los santos,

³ Citamos la traducción de J.Morales de la *Apología*, Ed. Encuentro, 1996, pp. 312-314.



cuando, ya católico, predicó ante los Obispos en 1850, para el primer Sínodo episcopal católico después de la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra:

*“Es la llegada de una segunda primavera... La Iglesia católica ha sido ennoblecida por una hueste de santos y mártires...Canterbury solamente cuenta unos dieciséis, desde San Agustín hasta San Dunstan y San Elphege, desde San Anselmo y Santo Tomás Becket hasta San Edmund. York tiene a su San Paulinus, San John, San Wilfrid, y San William; Londres a San Erconwald, Durham a San Cuthbert...Están San Aidan de Lindisfame, y San Hugo de Lincoln, y San Chad de Lichfield,...y San Oswald y San Wulstan de Worcester, y San Osmund de Salisbury,...y San Richard de Chichester...Y tuvo también sus órdenes religiosas, sus monasterios, sus universidades...Y exclama al final: ¡Qué gran cambio, qué horrible contraste, entre los tiempos honorables de la Iglesia de San Agustín y Santo Tomás [Becket] y el pobre resto de sus hijos al comienzo del siglo XIX!”.*⁴

Finalmente, podemos recordar el aprecio de Newman, todavía anglicano, por la figura del papa San Gregorio VII, el monje Hildebrando. Bowden, amigo entrañable de Newman,

había escrito una vida de él en 1840. *“El tema se lo sugerí yo mismo”*, dice Newman. No formaba parte de la Serie, porque no fue inglés. Pero como el santo Papa se destacó por su defensa de los derechos de la Iglesia frente al poder imperial, era una figura atractiva para los tractarianos, que querían mostrar la misma independencia de la Iglesia anglicana frente al Estado, cada vez más liberal. Newman escribió, estando ya en Littlemore, una reseña del libro de Bowden, que más tarde incluyó entre sus Ensayos críticos e históricos, bajo el título *Reforma del siglo XI*.⁵ Después de relatar el mal estado de la vida episcopal y religiosa, dice: *“En verdad, las corrupciones peores de aquel momento estaban en la superficie de la Iglesia. Los escándalos son petulantes e impresionan, y son exagerados por el shock que comunican a los espectadores. Los amigos exageran con la indignación, los enemigos con la malevolencia. Pero en la peor de las épocas existe un resto de hombres santos, fuera de la vista, escasos quizá en número, pero grandes por su fuerza moral, y existe siempre aún en la multitud un reconocimiento de verdades que ella misma no practica. Entre todos los hombres, educados e iletrados, existe un reconocimiento tácito de ciertos principios como puntos cardinales de la sociedad, que difícilmente están a la vista... Así era en tiempos de Hildebrando, y el secreto de su éxito consistió en tener el genio o la fe para apelar a ellos. Digamos mejor la fe, pues este es el caso...”*.

Que estos pensamientos y proyectos que Newman emprendió en su época mostrando los ejemplos vivos de los santos, testigos de la fe, nos inspiren hoy a todos sus AMIGOS en este AÑO DE LA FE.

¡FELIZ NAVIDAD!

⁴ SVO, 169-170.

⁵ ECH, II, XIII, 1841.

La supremacía de la fe

Consideraciones de Newman sobre la fe y la razón

Comentario introductorio

Como último paso hacia la Iglesia Católica, Newman escribió en su retiro de Littlemore el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. Allí expone siete notas que han garantizado y garantizan un desarrollo auténtico de las doctrinas de fe. La segunda de esas notas es la continuidad de principios, es decir de los principios característicos del cristianismo. Newman enumera diez principios, cuya fuente, dice, es la Encarnación, que considera la verdad central del Evangelio: “Y el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros, lleno de gracia y verdad” (Jn 1, 14). El primero es el principio del dogma, o de la revelación divina entregada en lenguaje humano, lo cual ocurre de modo central en la persona de Jesucristo, el mismo Verbo Encarnado, y por tanto la plenitud de la revelación. Pero el segundo principio que enumera Newman después del dogma es el principio de la fe, que es, nos dice, correlativo al del dogma, al ser la aceptación absoluta de la Palabra divina con un asentimiento interno, en oposición a la información, si acontece, de los sentidos y de la razón. Veamos qué nos dice sobre este principio de la fe, como respuesta a la revelación divina,¹ a partir de los Santos Padres y de la teología escolástica. El subtítulo que lleva es *La supremacía de la fe*, y la considera en relación a la razón. A continuación publicamos el texto en cuestión.

1

Este principio, que fue motivo de tanta chanza para Celso y Juliano,² posee la siguiente naturaleza: Que creer en el cristianismo es en sí mismo mejor que no creer, y que la fe, aunque es una acción intelectual, en su origen es ética. Que es más seguro creer. Que debemos comenzar con la fe. Que en lo que respecta a las razones para creer, son la mayor parte implícitas y sólo hace falta un ligero reconocimiento de la mente que se encuentra bajo su influencia. Que, además, consisten más en presunciones y conjeturas sobre la verdad que en pruebas exactas y completas. Y que los argumentos probables, bajo el escrutinio y la sanción de un juicio prudente, son suficientes para las conclusiones que abrazamos incluso como las más ciertas, y para comenzar a trabajar en los oficios más importantes.

2

Contrario al anterior es el principio de que las doctrinas sólo pueden considerarse verdaderas en la medida que sean demostradas lógicamente. Esta es la afirmación de Locke,³ el cual dice en su

1 La obra escrita en 1845 fue posteriormente revisada por Newman en la edición de 1878, que es el texto final que seguimos a continuación.

2 Celso, filósofo pagano del s II d JC; Juliano, llamado “el Apóstata”, emperador romano desde el 361 al 363.

3 John Locke (1632-1704), filósofo empirista inglés, al que Newman contesta en varios de sus escritos.

defensa: “Todo lo que Dios ha revelado desde luego que es verdadero, no se puede dudar de eso. Este es el objeto propio de la fe, pero, ya sea una revelación divina o no, la razón debe juzgar”.⁴ Ahora, si él sólo quiere decir que pueden darse pruebas de la revelación y que la razón aparece en un orden lógico antes que la fe, tal doctrina en ningún sentido es acatólica. Pero él sostiene, por supuesto, que para un individuo actuar según la fe sin pruebas, o hacer de la fe un principio propio de conducta personal, sin esperar hasta que haya alcanzado sus razones exactamente trazadas y útiles para la polémica, es fanático y absurdo. “¿Cómo puede saber un hombre, si es amante de la verdad por amor de la verdad, si merece la pena indagar? Y creo que existe para esto un signo infalible, a saber, el no recibir ninguna proposición con mayor certeza que la que garanticen las pruebas sobre las que se construye. Cualquiera que vaya más allá de esta medida del asentimiento está claro que no recibe la verdad por amor a ella. No ama la verdad por amor a la verdad, sino por alguna otra intención”.

3

No parece haberle impresionado que nuestra “intención” pueda ser el deseo de agradar a nuestro Hacedor y que el defecto de la prueba científica pueda congraciarse con nuestra razón debido a nuestro amor a Él. No parece haberle impresionado que una filosofía como la suya separa de la posibilidad y del privilegio de la fe a todos excepto a los pocos entendidos, a todos excepto a los eruditos, los de mente clara, los hombres de intelecto práctico y mente equilibrada, hombres que tengan tiempo libre, que tengan posibilidades de consultar a otros, y amigos buenos y sabios de los que acatar la opinión. ¿Cómo podría ser nunca católica una religión, si se llama credulidad y entusiasmo de la multitud el que use los instrumentos preparados para creer que sólo la Providencia pone en su poder?. Sobre una filosofía como ésta, si fuera aceptada en general, nunca se hubiera hecho ninguna gran obra por la gloria de Dios y el bienestar del hombre. El “entusiasmo”, contra el que escribe Locke, puede hacer mucho daño y actuar a veces de manera absurda, pero el cálculo nunca hizo un héroe. Sin embargo, nuestro propósito ahora no es examinar esta teoría como he hecho en otro lugar.⁵ Aquí sólo tengo que mostrar la unanimidad de los católicos, tanto antiguos como modernos, en su rechazo absoluto de ella.

4

Por ejemplo, es la misma objeción alegada por Celso con respecto a que los cristianos eran semejantes a las víctimas crédulas de los timadores o de los santones que vagaban entre la población pagana. Habla de “que incluso hay algunos que no quieren dar o recibir una razón para su fe, pero dicen: ‘No investigues, sino cree’, y ‘tu fe te salvará’, y ‘mala cosa es la sabiduría del mundo, y la locura es un bien’”. ¿Cómo responde Orígenes a la acusación?, ¿negando el hecho y hablando de que la razón de cada individuo demuestra la divinidad de las Escrituras, y de que la fe es el resultado del proceso argumentativo tal y como hoy día resulta corriente afirmar? Lejos de esto, admite el hecho que se alega contra la Iglesia y la defiende. Observa que considerando las obligaciones y la ignorancia forzosa de la multitud de los hombres, resulta una circunstancia muy feliz el que se provea un sustituto a los ejercicios filosóficos, que el cristianismo admite y fomenta, pero no impone a los individuos. Pregunta: “¿Qué es mejor para ellos, creer sin razón y así reformarse en algo y ganar un beneficio a partir de su fe en el castigo de los pecadores y en la recompensa de los que hacen el bien, o que rehúsen a ser

4 *On Human Understanding*, IV, 18,19.

5 En sus *Sermones universitarios*, y en *El asentimiento religioso*.

convertidos por la simple fe, o que sólo crean si han podido investigar minuciosamente la fe?”.⁶ Tal provisión, pues, es un signo de la sabiduría y gracia divina. Igualmente san Ireneo, tras observar que los judíos poseían la prueba de la profecía y los gentiles no, y que para los gentiles era un enseñanza extraña y una doctrina nueva que se les dijera que los dioses paganos no sólo no eran dioses, sino que eran ídolos de los demonios, y que en consecuencia san Pablo se esforzó más con ellos porque estaban más necesitados, añade: “Por otra parte, la fe de los gentiles se muestra que es más generosa por esta razón: que siguieron la Palabra de Dios sin la ayuda de las Escrituras”. Creer con menos signos visibles era fe generosa y no entusiasmo. Además, también Eusebio, si bien sostiene que por supuesto los cristianos están bajo la influencia de “una fe no irracional”, es decir, de una fe capaz de bases lógicas, concede totalmente que la creencia individual no está basada necesaria u ordinariamente sobre argumentos, y mantiene que se halla conectada con aquella misma “esperanza”, e incluso con aquel deseo de las cosas amadas, que Locke considera incompatible con el amor a la verdad en el extracto anterior. “¿Qué encontramos”, dice, “sino que toda la vida del hombre está suspendida sobre estas dos: las esperanza y la fe?”.⁷

No quiero decir, por supuesto, que los Padres se opusieran a las investigaciones de las bases intelectuales del cristianismo, sino que sostenían que los hombres no estaban obligados a esperar a la prueba lógica antes de creer. Al contrario, que la mayoría había de creer primero a partir de presunciones, dejando que la prueba intelectual se presente como su recompensa.

5



San Agustín, que había probado ambos caminos, los contrasta de modo sorprendente en su *De utilitate credendi*, aunque su objetivo directo en ese trabajo no es decidir entre la razón y la fe, sino entre la razón y la autoridad. En él se dirige a un amigo muy querido que, como él mismo, se había convertido en maniqueo, pero quien, con menos dicha que la suya propia, todavía se encontraba retenido por la herejía. “Los maniqueos”, observa, “hablan en contra de los que, siguiendo la autoridad de la fe católica, se fortifican a sí mismos en primera instancia con la fe, y que son capaces de contemplar antes con sus ojos aquella verdad que es discernida por el alma pura y que les prepara para el Dios que les iluminará. Tú, Honorato, sabes que ninguna otra fue la causa de mi caída en manos de los maniqueos que su profesión de rechazar una autoridad que era tan terrible, de conducir

6 *Contra Celso*, I,9.

7 S.Ireneo, *Adversus haereses*, IV,24; Eusebio, *Praep. Ev.* I,5.

por la razón absoluta y simple a sus oyentes a la presencia de Dios y de libarles de todo error. Pues ¿qué más había que me forzara, durante unos nueve años, a desairar a la religión que fue sembrada en mí por mis padres cuando era un niño y seguirles y atender diligentemente sus lecciones, sino su afirmación de que estaba aterrizado por la superstición y de que fui obligado a tener fe antes de que tuviera razón, mientras que ellos no presionaban a nadie para creer antes de que la verdad fuese estudiada y desenmarañada? ¿Quién no sería seducido por estas promesas, y especialmente un joven, tal como me hallaron entonces, deseoso de la verdad, más aún, engreído y atrevido a causa de las polémicas de ciertos hombres de escuela eruditos, con desprecio de los cuentos de viejas y deseoso de poseer y beber aquella verdad clara y sin mezcla que me prometían?”⁸

Continúa describiendo cómo se reformó. Halló a los maniqueos más exitosos en derribar que en construir. Se decepcionó con Fausto, a quien encontraba nada más que elocuente. Sobre éste no sabía qué sostenía y fue tentado por el escepticismo general. Al final halló que debía guiarse por la autoridad, y a continuación vino la pregunta: ¿Qué autoridad entre tantos maestros? Clamó a Dios de todo corazón pidiendo ayuda y fue guiado, por último, a la Iglesia Católica. Entonces volvió a la cuestión instada contra dicha Iglesia de que “ella obliga a creer a los que se le acercan”, mientras que los herejes “se jactan de que no imponen un yugo para creer, sino que abren una fuente de enseñanza”. Acerca de lo cual observa: “La verdadera religión no puede ser de ninguna manera abrazada rectamente sin creer en aquellas cosas que cada individuo alcanza y percibe más tarde, si se porta bien y lo merece, ni en conjunto, sin una autoridad de peso e imperativa”.⁹

6

Estas son muestras de la enseñanza de la Iglesia antigua sobre el tema de la fe y la razón. Si, por otra parte, supiéramos lo que otras escuelas modernas han enseñado acerca de la cuestión, en y mediante los subsiguientes desarrollos de las doctrinas católicas que se han sucedido, podríamos volvernos a los extractos hechos por Huet de sus escritos en su “Ensayo sobre el conocimiento humano”, y, haciéndolo, no necesitaríamos quedarnos perplejos con la teoría particular, verdad o no, y por el motivo por el que nos ha seleccionado. Hablando de la debilidad del conocimiento, Huet dice:

“Dios, por su bondad, repara este defecto de la naturaleza humana concediéndonos el inestimable don de la fe, que confirma a nuestra razón vacilante y corrige la perplejidad entre dudas que nos ha de mover al conocimiento de las cosas. Por ejemplo: mi razón no era capaz de informarme con absoluta evidencia y certeza perfecta de si existen cuerpos, de cuál es el origen del mundo y de otras muchas cosas parecidas. Después de recibir la fe, todas estas dudas desaparecieron, como la oscuridad ante la salida del sol. Esto hizo decir a Santo Tomás de Aquino: ‘Le es necesario al hombre recibir como artículos de fe no sólo las cosas que están por encima de la razón, sino incluso las que por su certeza pueden ser conocidas por la razón. Pues la razón humana es muy deficiente en las cosas divinas, signo de lo cual hallamos en los filósofos, quienes en la búsqueda de las cosas humanas mediante métodos naturales se han engañado y se oponen entre sí en muchas materias. Con el fin, pues, de que los hombres puedan tener un conocimiento de Dios cierto e indudable fue necesario que se le enseñaran las cosas divinas por la vía de la fe, como reveladas por el mismo Dios, quien no puede mentir’...”

⁸ *De utilitate credendi*, introd..

⁹ *Idem*, cap VI, sec II, parr 7.

“Santo Tomás añade inmediatamente después: ‘Ninguna investigación mediante la razón natural basta para hacer conocer a un hombre las cosas divinas, ni incluso aquellas que podemos probar por la razón’. Y en otro sitio habla de este modo: ‘Las cosas que pueden probarse demostrativamente, como el Ser de Dios, la unidad de la divinidad y otros puntos, están colocados entre los artículos que debemos creer, al ser previos a otras cosas que son de fe, y que deben ser presupuestas al menos por los que carecen de su demostración’”.¹⁰

7



“Lo que dice Santo Tomás del conocimiento de las cosas divinas también se extiende, según la doctrina de Suárez, al conocimiento de las humanas. ‘Corregimos frecuentemente’, dice, ‘la luz de la naturaleza mediante la luz de la fe, incluso en cosas que parecen ser primeros principios tal y como parece en este caso: las cosas que son semejantes a una tercera son semejantes entre sí, lo cual, si tenemos respeto a la Trinidad, debería restringirse a las cosas finitas. Y en otros misterios, especialmente en los de la Encarnación y de la Eucaristía, usamos muchas otras limitaciones a fin de que nada pueda resultar repugnante a la fe. Luego ésta es una indicación de que la luz de la fe es más cierta al estar fundada en la verdad primera que es Dios, para quien es más imposible engañar o ser engañado que para la ciencia humana ser incorrecta y errónea’...”¹¹

“Si dices que no escuchamos a la razón derribas aquel gran fundamento de la religión que la razón ha establecido en nuestro entendimiento, a saber: Dios existe. Para responder a esta objeción, debe mantenerse que los hombres conocen a Dios de dos maneras. Mediante la razón, con entera certeza humana y mediante la fe, con certeza absoluta y divina.

Aunque por la razón no podamos adquirir ningún conocimiento más cierto que el del ser de Dios, y hasta el punto de que todos los argumentos que los impíos

¹⁰ Pedro Daniel Huet, *De inbecillitate humanae*, libri tres. (Amsterdam, 1758). Newman usó la traducción inglesa de Combe, pp 142, 143.

¹¹ Idem, pp. 144, 145.

opongan a este conocimiento no sean válidos y fácilmente refutables, no obstante, esta certeza no es absolutamente perfecta...”¹²

8

“Los cristianos ignorantes e iletrados, aunque no conozcan nada claro y con certeza acerca de Dios, no obstante creen que Dios existe. Incluso los cristianos de talento y erudición, como ha observado santo Tomás, creen que Dios existe antes de saberlo mediante la razón”.¹³ [...]

9

[...] “Para recibir la fe basta con que los motivos de credibilidad sean propuestos como probables. ¿Crees que los niños y el pueblo iletrado, grosero e ignorante, que apenas gozan del uso de razón, y no obstante han recibido el don de la fe, conciben con mayor claridad y fijeza los motivos de credibilidad...? No, sin duda, pero la gracia de Dios viene en su auxilio y apoya la debilidad de la naturaleza y de la razón”.

“Esta es la opinión común de los teólogos. La razón ha necesitado de la gracia divina, no sólo en las personas groseras e iletradas, sino incluso en las de talento y erudición. Pues por muy perspicaz que pueda ser la razón, sin embargo no puede hacernos tener fe si las luces celestiales no nos iluminan interiormente, porque, como he dicho ya, al ser la fe divina de un orden superior no puede derivar su eficacia de la fe humana...Esta es semejante a la doctrina de santo Tomás de Aquino: ‘La luz de la fe hacer ver la cosas que se creen’. Además dice: ‘Los creyentes tienen conocimiento de las cosas de la fe, no por una vía demostrativa, sino como se les muestra que deben ser creídas mediante la luz de la fe’”.¹⁴

10

Es evidente que una doctrina como esta debe ejercer una influencia especial sobre el método teológico de los que la sostienen. Los argumentos vendrán a ser considerados como sugerencias y guías más que como pruebas lógicas, y los desarrollos como el crecimiento lento, espontáneo y ético y no como los resultados científicos y obligatorios de las opiniones existentes.

¹² Idem, p. 219.

¹³ Idem, p.223.

¹⁴ Idem, pp. 229,230,231.

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS SERMON IV, pp. 47-59

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

28º domingo después de Pentecostés, 1856.

El poder secreto de la gracia divina

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

Non venit regnum Dei cum observatione: neque dicent, Ecce hic aut ecce illic. Ecce enim regnum Dei intra vos est.

El Reino de Dios no viene con advertencia, y no dirán: ‘Está aquí’ o ‘Está allí’, porque el Reino de Dios está dentro de vosotros. (Lc 17, 20-21)

Lo que el Señor anuncia en estas palabras ya aconteció, y lo conmemoramos hasta hoy, especialmente en este tiempo del año. El Reino de Dios fue inaugurado por los apóstoles y difundido rápidamente. Llenó el mundo, y tomó posesión de los lugares elevados de la tierra, pero llegó “inadvertidamente”. Todos los demás reinos que han existido han hecho sonar la trompeta delante de ellos, han llamado la atención, han salido “con espada, lanza y escudo”. Han sido la bestia voraz del norte, el águila veloz, o el enjambre de langostas. En palabras del profeta, “Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa...Aspecto de corceles es su aspecto, como jinetes, así corren...Y el ruido de sus alas como el estrépito de carros de muchos caballos que corren al combate” (Jo 2,4; Ap 9,9). Tal ha sido la llegada del poder humano, y llegará el Día cuando eso también llegue a cumplimiento y tenga su antitipo en la historia del cielo, porque cuando nuestro Señor vuelva también El llegará “con la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios” (1 Tes 4,16). Esto se podrá observar y advertir, y Él terminará así su

obra, pero no instauró así su Iglesia sobre la tierra, pues se había predicho de Él que “no disputará ni gritará, ni oírán nadie en las plazas su voz. La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante, hasta que lleve a la victoria el juicio” (Mt 12, 19-20; cf. Is, 42, 1-4).

Y esa conquista de la tierra, silenciosa y sin ostentación, hecha por los santos apóstoles de Cristo, llegó a ser aún más secreta, en cuanto se refiere a los judíos, por la circunstancia de que ellos creían que ocurriría con apariencia externa, aunque Él les había asegurado lo contrario. Los fariseos esperaban algún signo de los cielos. No creían que Su Reino pudiese llegar a menos que lo vieran, y esperaban un príncipe con tropas en orden de batalla. Y como Él llegó con doce pobres hombres y ninguna pompa visible, fue para ellos como “ladrón en la noche” a causa de su incredulidad, y llegó y tomó posesión antes de que admitiesen que estaba llegando.

Pero de todos modos, la venida de Su Reino hubiera sido secreta aún cuando no hubieran resuelto que no lo sería. Y Él nos dice la razón en el

texto: “Y no dirán: ‘Está aquí’ o ‘Está allí’, *porque* el Reino de Dios está en medio de vosotros”. Nos dice porqué llega tan secretamente. No podía ser de otra manera porque era una conquista, no del cuerpo, sino del corazón. No era una asalto desde fuera, sino una influencia interior no para someter al hombre exterior a través de los sentidos, sino, en palabras del Apóstol, “cautivando todo entendimiento en la obediencia de Cristo”. Los reinos de este mundo se difunden en el tiempo y el espacio, comienzan desde un punto, van hacia delante y se extienden en derredor. Se puede trazar su itinerario: primero aseguran este territorio, luego consiguen aquel otro. Ponen bien sus bases y consolidan su poder. Por supuesto, el Reino de Cristo también, al estar *en* este mundo, tiene una forma exterior, vicisitudes, e historia, como las instituciones de este mundo, aunque no es de *este* mundo. Comenzó en Jerusalén, y avanzó hasta Siria y África, India y Britania, y tiene sus rangos, oficios y leyes, observa una estricta disciplina y exige una obediencia implícita. Pero aún así, este nos es el informe completo, o el verdadero proceso, de su ascensión y establecimiento. “Las armas de su batalla no fueron carnales”, sino que llegó a través de una íntima visita interior, ciertamente con instrumentos externos, pero con efectos mucho más elevados que esos instrumentos, con la predicación, la argumentación y la discusión, pero realmente por la acción de Dios. Aquel que es Omnipotente y Omnisciente tocó muchos corazones a la vez y en distintos lugares. Todos y cada uno hablaron en el acto una sola lengua, sin aprenderla unos de otros, sino enseñada por Él mismo, como el cántico del Cordero, o enseñada también por hombres, pero captándola y dominándola espontáneamente, casi antes de pronunciar las palabras. Porque el tiempo y el espacio, la causa y el efecto, son los servidores de Su voluntad.

Y así es que las voces rompieron a una en Su alabanza, en oriente y occidente, en el norte y en el sur, y el mundo perplejo buscó en vano de dónde provenía esa consonancia de sonidos dulces

y santos. A la primera palabra del predicador, indicio o mero susurro en el aire, una profunda respuesta vino desde muchos labios, una profunda, plena y pronta armonía de muchas voces que proclaman todas al Salvador de los hombres. Pues el Espíritu del Señor había descendido y llenado la tierra, y había corazones conmovidos, latidos trémulos y ojos impacientes, en todas partes. Era el tiempo de la visitación, cuando los débiles se harían fuertes, y los últimos serían los primeros. Era el triunfo de la fe, que no demora sino que acepta generosa y prontamente, como dice la Escritura: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, es decir, el mensaje de la fe que predicamos” (Rom 10, 8). Y así como Nínive y Babilonia fueron sorprendidas antiguamente por las armas del enemigo, así fue sorprendido el mundo por Aquel que, en lenguaje profético, monta un caballo blanco, y se llama “Fiel” y “Veraz” (Ap 19,11). Y así como aconteció en Egipto aquella primera Pascua, cuando no había casa en donde no hubiera un muerto, así ahora, en esta Pascua más misericordiosa no hubo casa donde no hubiera un vivo. Porque el Altísimo había descendido entre ellos y estaba en todas partes, el Señor de los ángeles caminaba sobre la tierra, distribuyendo sus dones libremente, multiplicando su imagen, y en este sentido como en aquel del cual habló diciendo que: “los enemigos de un hombre eran los de su propia casa” (Mt 10,36). La influencia despreciada y odiada se insinuaba en todas partes, la levadura se difundía y nadie podía detenerla, y en los lugares más inverosímiles, en la familia del soldado arrogante y feroz, entre las supersticiones de la idolatría y las degradaciones de la esclavitud, los más nobles, los más capaces, los más rectos, así como los rudos e ignorantes, todos y cada uno, por un secreto poder, se convirtieron en las víctimas de la Iglesia y miembros de Cristo. Y entonces, un reino grande y extenso brotó a la existencia de repente, desde dentro, como la primavera después del invierno.

Tales fueron las inmediatas consecuencias de la primera venida de Aquel que era “el desecho



Iglesia de Dublin (interior).

de los hombres”, “que sabe lo que es padecer”, y “como alguien de quien uno aparta su rostro, le deshonramos y le desestimamos”, “herido por Dios y humillado”. Y como sigue diciendo la profecía, “repartirá los despojos con los fuertes” (Is 53, 3-4. 12). Si me preguntáis, hermanos, cómo es que Él hizo esta maravilla, y cuál fue el modo y el instrumento de su gracia en sus relaciones con los espíritus que Él había creado, respondo brevemente refiriéndome hacia la historia pasada de nuestra raza. Es cierto que el hombre no es suficiente para su propia felicidad, que no es él mismo, ni está bien consigo mismo, sin la presencia dentro suyo de la gracia de Aquel que, sabiendo eso, ha ofrecido esa gracia a todos libremente. Cuando él fue creado su Hacedor le insufló la vida sobrenatural del Espíritu Santo, que es su verdadera felicidad. Cuando cayó perdió el don divino, y con él también su felicidad. Desde entonces ha sido infeliz, y ha sentido un vacío en su corazón que no sabe cómo satisfacer. Escasamente comprende su propia necesidad, y

sólo el natural e involuntario movimiento de su mente y su corazón muestra que la siente, pues o está lánguido, desanimado o apático, con este hambre, o bien febril e inquieto, buscando primero en una cosa, y después en otra, esa bendición que ha perdido. Por un tiempo, quizá hasta que llega la vejez, continúa haciéndose algún ídolo del cual pueda alimentarse y tener cierto tipo de existencia, igual que las hierbas del campo o la tierra reseca puede aliviar el dolor de la hambruna. Un hombre decide ascender en la vida, otro está completamente dedicado a su familia. Muchos pasan los días y los años alternando entre la rutina de los negocios y la recreación de las vacaciones. Los ricos son pródigos en pompa y exhibición, los pobres se dan a la intemperancia, los jóvenes a los placeres sensuales. No pueden vivir sin un objeto en la vida, aunque sea un objeto indigno de un espíritu inmortal.

¿Es asombroso, entonces, que cuando nuevamente fue ofrecida en su plenitud la verdadera Vida, el verdadero sustento para la necesidad de la humanidad, lo haya hecho con el poder de persuadir a los hombres para que la acepten? ¿Es asombroso que su anuncio los haya sobrecogido, que su ofrecimiento los haya atraído, que la primera prueba y el primer fruto del don los haya hecho desear otras muestras mayores del mismo? Este es, pues, el secreto del triunfo del celestial Reino de Dios entre los tercos y sabihondos hijos de Adán. Los soldados de este mundo reciben su paga al alistarse, la toman, y se convierten en servidores de un príncipe humano. ¿No serán mucho más fieles, incluso hasta la muerte, los que han recibido la prenda de las verdaderas riquezas, los que han sido alimentados con el “maná escondi-

do”, los que, como dice el Apóstol, “han sido iluminados una vez, y han gustado la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero”? Y así es que el Reino de Dios se difunde externamente sobre la tierra, porque tiene un sostén interno en nosotros, porque, en palabras del texto, “está dentro nuestro”, en los corazones de sus miembros individuales. Los curiosos se maravillan y los extraños tratan de analizar qué es lo que realiza la obra, e imaginan todo tipo de razones humanas y causas naturales para ello, porque no pueden ver y no pueden sentir, y no creerán, lo que es en verdad una influencia sobrenatural. Y atribuyen a algún capricho o travesura de la mente, o a la fuerza de la novedad, o a alguna persuasión misteriosa e insidiosa, o a alguna fuerza enemiga, o a alguna oscura y sutil confabulación, y ven con alarma, y de buena gana impedirían, lo que no es más que la penetrante, vívida y fuerte mirada del rostro de Cristo. “El Señor se dio vuelta y miró a Pedro”, y “como el relámpago fulgurante brilla de un extremo al otro del cielo” (Lc 17, 24), tal es la aguda mirada del Hijo del hombre que somete el alma. Llega, se va, hace su obra, su obra perdurable, y el mundo no puede dar cuenta de ello. Ve el resultado, no percibe, no tiene ojos para ver la Mano divina.

Más aún, no sólo el mundo, sino la misma Iglesia es a veces sorprendida, podría decir, perpleja, ante la acción de esa gracia que no se puede ver y ante la milagrosa multiplicación de sus hijos. La red de Pedro parece a punto de romperse, por la multitud de peces, y es duro arrastrarla hasta la costa. Así fue de modo singular en la primera época, en los asuntos de esa gloriosa historia de la primitiva conversión sobre la cual me he explayado. El libro de los Hechos dice: “El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” (Hech 2,47). Este proceso continuó durante tres siglos, luego vino una persecución más amarga y horrible, y al final cesó, y después, de modo tremendamente abrupto, como ráfaga en las alas del viento, se escuchó la sorprendente noticia de que el Señor de la tierra,

el Emperador Romano, se había hecho cristiano, y toda la multitud de naciones con él. ¡Qué anuncio! Ninguna mano humano lo hizo, ningún instrumento humano, predicador o apologista, podía ser señalado. No fue “está aquí, o está allí”, sino el secreto poder de Dios actuando directamente en los corazones de los hombres, sin ser advertido. Llegó de repente, cuando menos se lo esperaba, en la profunda noche de la persecución, “como un ladrón”. De repente, los gobernantes de la Iglesia tuvieron en sus manos la tarea gigantesca, que sólo ella tenía fuerzas para realizar, de hacer entrar en forma y coherencia a todo el mundo. El acontecimiento, y la casi temible grandeza del mismo, ha sido visiblemente descrita por la profecía mil años antes. Así fue la palabra de promesa a la Iglesia: “Alza en torno los ojos y mira: todos ellos se han reunido y han venido a ti. Con todos ellos como con velo nupcial te vestirás, y te ceñirás con ellos como una novia...Todavía te dirán al oído los hijos de que fuiste privada: ‘El lugar es estrecho para mí, cédeme sitio para alojarme’ Y dirás para ti misma: ‘¿Quién me ha dado a luz éstos? Pues yo había quedado sin hijos y estéril, desterrada y aparte, y a éstos ¿quién los crió? He aquí que yo había quedado sola, pues éstos ¿dónde estaban?’. Así dice el Señor Dios: he aquí que yo voy a alzar hacia las gentes mi mano, y hacia los pueblos voy a levantar mi bandera: traerán a tus hijos en brazos, y tus hijas serán llevadas a hombros. Reyes serán tus tutores, y sus princesas, nodrizas tuyas. Rostro en tierra se postrarán ante ti, y el polvo de tus pies lamerán” (Is 49, 18-23).

Hermanos, vosotros sabéis lo que dijo nuestro Señor, cuando se fue, acerca de volver, no sólo de repente sino pronto. Bien, en el sentido en que estado hablando, El está siempre viniendo. Una y otra vez viene a su Iglesia; siempre viene como fuerte guerrero, trayendo con El nuevos cautivos de sus flechas y su lanza. Esa misma maravilla de una obra interior en las almas de los hombres a gran escala, que hizo al comienzo, está siempre reiterándola y renovándola en la historia de la



La Virgen y Jesús recibiendo de los emperadores Constantino y Justiniano, las maquetas de la ciudad de Constantinopla y de la Iglesia de Santa Sofía, simbolizando la entrega de la ciudad a su voluntad (Mosaico en Santa Sofía).

Iglesia hasta hoy. Siempre están entrando en ella multitudes a raudales, como los peces en la red de Pedro, más allá de su propio pensamiento y acción, por la acción inmediata y secreta de la gracia de Cristo. Sin duda, es lo que sucede hoy, que se ve a gran escala por toda la cristiandad. Hace cincuenta años la religión parecía casi extinguida. A los ojos humanos estaba simplemente declinando y consumiéndose a lo largo del último siglo. Por cierto, había en ese siglo santos, doctores, celosos predicadores y poblaciones fieles, como hasta ahora, pero esto no lo podía ver el mundo. El poder político y la influencia social de la religión fue cada vez menor, y al final vino una revolución europea, y a juicio de los hombres se había perdido todo. Pero en sus desgracias más profundas comenzó su ascenso más maravilloso, una reacción que se estableció ella y progresó constantemente, con todos los signos del progreso, hasta hoy. Y digo que en su progreso se revela

el mismo fenómeno que leemos en la historia de los primeros tiempos, porque mientras la Santa Iglesia ha estado orando y trabajando en su propio campo, más allá del mismo se han agregado conversos, a quienes ella no contemplaba, de toda clase, como al comienzo. Alemania e Inglaterra, las principales sedes de sus enemigos, son los verdaderos escenarios de esta entrada espontánea. Para sorpresa de todos lo que los conocen, y a menudo para su propia sorpresa, aquellos que temían a la Iglesia, o rechazaban sus doctrinas, se encontraron atraídos a ella por alguna incomprensible influencia, año tras año, y al final se rindieron a ella y proclamaron su soberanía. Los que nunca hablaban a su sacerdote católico, lo que nunca entraban a un iglesia católica, lo que habían aprendido su religión de la Biblia protestante, ha sido llevados de hecho por esa misma lectura a reconocer a la Madre de los Santos. Su mismo nombre, su simple reclamo,

obligan a los hombres a pensar en ella, a preguntar acerca de ella, a desear que ella sea lo que dice ser, a someterse a ella, no por alguna razón señalada, salvo las necesidades de la naturaleza humana, y la virtud de esa gracia que trabaja secretamente en torno a la Iglesia, sin que se lo advierta.

Hermanos, están aquellos que se imaginan que cuando usamos grandes palabras sobre la Iglesia, revistiéndola de privilegios celestiales y aplicándole las promesas evangélicas, hablamos meramente de una estructura externa y política. Piensan que dedicamos nuestra devoción por razones humanas, y que trabajamos por ambición humana. Piensan que deberíamos reconocer, examinándonos, que nuestro último propósito era el éxito de personas y partidos, a quienes estábamos vinculados por honor, o por interés, o por gratitud, y que si buscábamos fines por encima del mundo o más allá de la tumba, lo hicimos con intención muy secundaria y débil percepción. Imaginan, como la mayor concesión de su liberalidad, que trabajamos desde el deseo generoso, pero aún humano, de la alabanza de los superiores de este mundo, y que, después de todo, de algún modo u otro, vivimos del aliento y encanto de la sonrisa de los hombres.

Pero el texto que comentamos, y el tren de pensamientos que he estado siguiendo, nos recuerda el verdadero punto de vista del asunto, que probablemente olvidamos. La Iglesia es una colección de almas, reunidas por la gracia secreta de Dios, aunque esa gracia les viene a través de instrumentos visible, y las une a una jerarquía visible. Lo que se ve no es la totalidad de la Iglesia sino su parte visible. Cuando decimos que Cristo ama a su Iglesia queremos decir que no ama nada de naturaleza terrena sino el fruto de su propia gracia, los variados frutos de su gracia en innumerables corazones, juntos en la unidad de la fe, el amor y la obediencia, de los sacramentos, de la doctrina, del orden y del culto. El objeto que El contempla, el que El ama en la Iglesia, no es simplemente la humana naturaleza, sino la

humana naturaleza iluminada y renovada por su propio poder sobrenatural. Si El ha llamado a la Iglesia su Esposa, es porque es la sede especial de este don divino. Si amó a Pedro, no fue simplemente porque era su apóstol, sino porque Pedro tenía ese amor intenso y sobrenatural por El, y esa fe que la carne y la sangre no podían ejercitar, es decir, las cualidades apropiadas de un apóstol. Si amó a Juan, no fue sólo porque era uno de los Doce, sino porque estaba embellecido con el don especial de una castidad sobrenatural. Si amó a María, a Marta, y a Lázaro, no fue tan solo como sus amigos y huéspedes, sino por su caridad ardiente, su contrición pura, y su devoción abnegada. Así es ahora: lo que El crea, lo que contempla, lo que ama, lo que premia, es (en palabras de San Pedro): “el oculto hombre del corazón” (1 Pe, 3.4), del cual la Iglesia visible es la expresión, la protección, la causa instrumental, y la perfección exterior.

Y por eso, aplicando esta gran verdad a nuestras circunstancias, tengamos siempre en mente, hermanos, que nosotros en este lugar somos realmente fuertes sólo cuando somos más que lo que parecemos ser. No son nuestros logros o nuestros talentos, no es la filosofía o la ciencia, las letras o las artes, lo que nos hará ser queridos por Dios. No es el favor del mundo, o la posición civil, que puede hacernos merecer la atención y el interés de un verdadero cristiano. Una gran Universidad es un gran poder, y puede hacer grandes cosas, pero, a menos que sea algo más que humano, no será sino necesidad y vanidad a la vista y en comparación de los pequeños de Cristo. Está realmente muerta aunque parece viva, a menos que sea injertada en la Verdadera Vid, y participe de la secreta vida sobrenatural que circula por sus ramas incorruptibles. “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles” (Sal 126,1). Nuestra labor es vana, nuestro esfuerzo inútil, nuestro fruto cenizas, nuestra recompensa corrupción, a menos que comencemos la fundación de esta gran tarea en fe y oración, y la santifiquemos con pureza de vida. ●—

El puerto

*¿Por qué y de dónde este terror sagrado
Que se esparce sobre el alma
Agostada del mundo?
Ola tras ola erigen su cabeza impía
Mientras mi barca ansiosa entre murmullos
Se aviva y se lanza, desbocada,
Sobre el lecho del mar
Encendida hacia su meta.*

*Mas ahora reina una quietud tan honda
Que me lleva casi hasta el sollozo.
Pecador! Tienes en esta irrupción preciosa
Una imagen bendita
De la paz de Adán.
Un acercarse al Paraíso
Si bien no poseído,
Y guardado por las llamas del Arcángel*

Gibraltar, 16 de diciembre de 1832

THE HAVEN

Whence is this awe, by stillness spread
O'er the world-fretted soul?
Wave rear'd on wave its godless head
While my keen bark, by breezes sped,
Dash'd fiercely through the ocean bed,
And chafed towards its goal.

But now there reigns so deep a rest,
That I could almost weep.
Sinner! Thou hast in this rare guest
Of Adam's peace a figure blest;
'Tis Eden neared, though not possess'd
Which cherub-flames still keep.

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS SERMON II, pp. 15-30

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

10º domingo después de Pentecostés, 1856.

La religión de los fariseos, la religión de la humanidad

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

Deus, propitius esto mihi peccatori

Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador (Lc 18,13)

Estas palabras ponen ante nosotros lo que puede llamarse la señal característica de la religión cristiana, en contraste con las distintas formas de culto y escuelas de creencia que en los primeros y últimos tiempos se han difundido por la Tierra. Son una confesión del pecado y una oración por la misericordia. No es que la noción de transgresión y de perdón fuera introducida por el cristianismo y sea desconocida más allá de sus límites; por el contrario, se observa que es más o menos común a todas las creencias los símbolos de culpa y corrupción y los ritos de deprecación y expiación. Pero lo que es peculiar a nuestra fe divina, así como al judaísmo anterior a ella, es que la confesión del pecado forma parte de la idea acerca de la más alta santidad, y que sus fieles modelos y los verdaderos héroes de su historia son solamente redimidos, transgresores restaurados, y sólo pueden ser eso, y abrigan en sus corazones la memoria eterna de serlo, y llevan al cielo con ellos la confesión extática de serlo. Semejante confesión no es simplemente la congoja de los labios del neófito, o del caído, no es sólo el llanto de la tendencia común de los hombres que están combatiendo con

el oleaje de tentaciones en el ancho mundo. Es el himno de los santos, es la oda triunfal resonando desde las arpas celestiales de los bienaventurados ante el Trono, que cantan a su Divino Redentor: “Tú fuiste degollado, y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación” (Ap 5,9)

Y lo que es para los santos en el cielo un tema de acción de gracias sin fin, es mientras están todavía en la tierra un asunto de perpetua humillación. Cualquiera sea su progreso en la vida espiritual, nunca dejan de estar arrodillados, nunca de golpear sus pechos, como si el pecado pudiese ser extraño a ellos mientras están la tierra. Incluso nuestro Señor mismo, el Hijo de Dios mismo en su humana naturaleza, e infinitamente separado del pecado, e incluso su Madre inmaculada, llena de su gracia desde el primer instante de su existencia, y sin parte alguna de la mancha original, aún ellos, como descendientes de Adán, fueron sometidos por lo menos a la muerte, el directo y enfático castigo por el pecado. Mucho más, hasta los más favorecidos de esa gloriosa compañía a quienes El ha lavado con su sangre,



Sacrificio en la Antigua Grecia.

nunca olvidan lo que fueron por nacimiento, y confiesan todos y cada uno que son hijos de Adán y de la misma naturaleza que sus hermanos, llenos de debilidades mientras estuvieron en la Tierra, cualesquiera haya sido la gracia que recibieron y el progreso propio correspondiente. Otros pueden levantar los ojos hacia ellos, pero ellos los levantan hacia Dios, otros pueden hablar de sus méritos pero ellos sólo hablan de sus defectos. Jóvenes, viejos y maduros, el que menos pecó y el que más se arrepintió, la frente pura e inocente y la cabeza cana, todos se unen en esta única letanía: “Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador” (Lc 18,13). Así fue con San Luis Gonzaga, con San Ignacio, con Santa Rosa, la más joven de las santas, que en su niñez sometía su tierno cuerpo a las penitencias más asombrosas, así fue con San Felipe Neri, uno de los que más vivieron, que cuando alguien lo alababa gritaba “¡Fuera de aquí, yo soy un demonio, no un santo!”, y cuando iba a comulgar declaraba ante el Señor que él “no era bueno para nada, sino para hacer el mal”. Semejante autopostración, digo, es la verdadera divisa y señal de un servidor de Cristo, y esto está contenido en sus mismas pala-

bras cuando dice: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13), y está solemnemente reconocido e inculcado por Él en las palabras que siguen al texto que comentamos: “Porque el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado” (Lc 18, 14).

Veis, hermanos, que esto es muy distinto de ese mero reconocimiento general de la culpa humana, y de la necesidad de expiación, contenidos en aquellas religiones antiguas y populares que han ocupado antes, o todavía ocupan, el mundo. En ellas la culpa es atribuida a individuos, a lugares particulares, a acciones particulares de las naciones, a cuerpos políticos, o sus gobernantes, para quienes, en consecuencia, es necesaria una purificación. O es la purificación del fiel, no tan personal como ritual, antes de que haga su ofrenda, como acto introductorio a su culto religioso. Todas estas prácticas son ciertamente residuos de la verdadera religión, señales y testigos de la misma, útiles tanto en sí mismas como en su significado, pero no se llegan a la explicitación y plenitud de la doctrina cristiana. “No hay ningún hombre justo”. “Todos han pecado

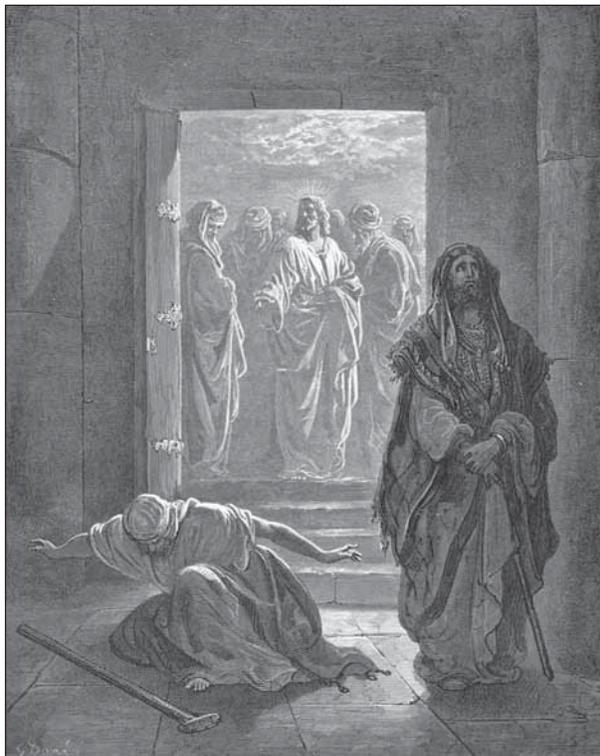
y necesitan la gloria de Dios”. “No por sus obras de justicia que hemos hecho, sino de acuerdo a Su misericordia”.

Los discípulos de otros cultos y filosofías pensaron y piensan que la mayoría son ciertamente malos y buenos unos pocos. Cuando sus pensamientos pasaron de la multitud ignorante y errada a los especímenes selectos de la humanidad, dejaron atrás la noción de culpa y se imaginaron una idea de verdad y sabiduría, perfección, indefectibilidad y autosuficiencia. Era un suerte de virtud sin imperfección, que daba placer contemplarla, que no necesitaba nada, y que estaba segura de la recompensa por su propia excelencia interna. Sus descripciones e historias de hombres buenos y religiosos son a menudo bellas, y admiten un interpretación instructiva, pero en sí mismas tienen esta gran mancha: no hacen mención del pecado y hablan como si la vergüenza y la humillación no fuesen propiedades de los virtuosos.

Les voy a recordar, hermanos, una historia muy bella que habéis leído en un escritor de la antigüedad, y cuanto más bella es más apta es para mi actual propósito, porque su defecto aparecerá más intensamente por contraste, el defecto de enseñar en cierto sentido la piedad pero no la humildad. Cuando el salmista quiere describir al hombre feliz dice: “Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado: dicho el hombre a quien el Señor no le apunta el delito” (Sal 31,1) Tal es la bendición del Evangelio. ¿Pero cuál es la bendición de las religiones del mundo? Un célebre sabio griego visitó una vez a un próspero rey de Lidia, quien, después de mostrarle toda su grandeza y su gloria, le preguntó a quién consideraba haber recibido la herencia más feliz entre todos los hombres que había conocido. El filósofo, pasando por alto al mismo monarca, nombró a un compatriota suyo que realizaba la idea típica de perfección humana que él tenía. Dijo que el más bendito de los hombres era Tellus de Atenas, porque vivió en una ciudad floreciente, y fue próspero en sus hi-

jos y en sus familias, y después, al final, cuando sobrevino la guerra con un país limítrofe, ocupó su lugar en la batalla, repelió al enemigo, y murió gloriosamente, siendo sepultado donde cayó a expensas del estado y recibiendo honores públicos. Cuando el rey le preguntó a Solón quién venía después según su juicio, el sabio siguió nombrando dos hermanos, campeones en los deportes, que, como los bueyes no aparecían, llevaron hasta el templo a su madre, que era sacerdotisa, ante la gran admiración de la multitud reunida, y ella, que pedía para ellos el mejor premio posible, después del sacrificio y el festín, se acostó en el templo y nunca más se levantó. Nadie puede negar la belleza de estas pinturas, y es por esa razón que las selecciono. Son pinturas de hombres que no se supone hayan tenido alguna gran cuenta que saldar con el cielo, que tuvieron deberes sencillos, como pensaban, y los cumplieron.

Quizás me preguntaréis si esta idea pagana de la religión no es realmente más elevada que la que he llamado preeminentemente cristiana, porque obedecer en simple tranquilidad y confianza despreocupada es, por cierto, el estado más noble que se pueda concebir en la creatura y el culto más aceptable que ella pueda dar al Creador. Sin duda es el culto más noble y más aceptable, tal ha sido siempre el culto de los ángeles, tal es ahora el culto perfecto de los espíritus de los justos, tal será el culto de toda la compañía de los glorificados después de la resurrección general. Pero nos ocupamos en considerar el estado actual del hombre, tal como se encuentra en este mundo, y digo que, considerando lo que él es, cualquier nivel de obligación que no lo condene a múltiples pecados reales y a la incapacidad de agradar a Dios con su propia fuerza, es falso. Y cualquier regla de vida que lo lleve a estar satisfecho consigo mismos, sin temor, sin ansiedad, sin humillación, es engañosa, es el ciego guiando otro ciego. Pero tal es, de una forma u otra, la religión de la tierra entera, más allá de los límites de la Iglesia.



La parábola del fariseo y del publicano, Gustavo Doré.

La conciencia natural del hombre, si está cultivada desde dentro, si está iluminada por aquellas ayudas externas que en diverso grado se le dan en cada lugar y tiempo, le enseñaría mucho de su deber con Dios y con el hombre, y le llevaría adelante, con la guía de la Providencia y de la gracia, hacia la plenitud del conocimiento religioso. Pero, hablando en general, él se contenta con que le diga muy poco, y no hace esfuerzos para obtener criterios más justos que los que tenía al principio acerca de sus relaciones con el mundo que le rodea y con su Creador. Por eso comprende parte, y sólo parte, de la ley moral, apenas tiene idea alguna de la santidad, y en lugar de referir las acciones a su origen, que es el motivo, y juzgarlas por eso, las mide en gran parte por sus efectos y su aspecto exterior. Tal es la forma de actuar de multitud de hombres en todas partes y en todo tiempo. No ven la imagen de Dios Todopoderoso ante ellos, y no se preguntan qué quiere Él, pero si lo hicieran alguna vez comenzarían a ver cuánto les pide

y se acercarían a Él seriamente, tanto para ser perdonados por lo que hicieron mal como para poder obrar mejor. Y por la misma razón de que no le agradan triunfan en agradarse a sí mismos. Pues ese grupo de deberes tan encogido y defectuoso, que no cumple la ley de Dios, es justamente lo que pueden realizar, o, mejor aún, lo que eligen y cumplen, *porque* pueden cumplirlo. Por eso, se hacen autosatisfechos y autosuficientes, y piensan que saben justo lo que deben hacer, y que eso es todo, y en consecuencia están muy contentos consigo mismos y valoran muy alto sus méritos, y no tienen ningún temor de un futuro escrutinio de su conducta que les pueda acontecer, pues su religión reside principalmente en ciertas observancias externas, y no muchas.

Así era con el fariseo en los tiempos del Evangelio. Se miraba a sí mismo con gran complacencia, por la misma razón de que era tan bajo el nivel, y tan angosto el campo que le asignaba a sus obligaciones hacia Dios y hacia los hombres. Usaba, o abusaba, de las tradiciones en las cuales había sido educado, con el propósito de persuadirse que la perfección reside meramente en responder a las demandas de la sociedad. Por cierto, afirmaba dar gracias a Dios, pero difícilmente comprendía la existencia de sus obligaciones directas para con su Creador. Pensaba que hacía todo lo que Dios pedía si satisfacía la opinión pública. Ser religioso, en el sentido farisaico, era estar en paz con los demás, compartir las cargas de los pobres, abstenerse de los grandes vicios, y dar buen ejemplo. Sus limosnas y ayunos no estaban hechos en penitencia sino porque el mundo lo solicitaba; la penitencia habría implicado la conciencia de pecado, con lo cual solamente los publicanos, y los que eran como ellos, tenían algo para ser perdonados. Estos eran los marginados de la sociedad y despreciados, pero no había nada contra hombres de mentalidad bien regulada como la del fariseo, hombres de buena conducta, decorosos, consecuentes y respetables. El agradecía a Dios ser fariseo y no un penitente.

Así eran los judíos en tiempos de nuestro Señor, y así eran y habían sido los paganos. No quiero afirmar que era común para los pobres paganos observar ni siquiera alguna regla religiosa, sino que estoy hablando de los pocos y de los de mejor suerte, y estos por los general se relacionaban con la religión como el fariseo, quizás más bella y poéticamente, pero no más profunda o verdaderamente que él. Los paganos no ayunaban ni hacían limosnas, ni cumplían los preceptos que ordenaba el judaísmo. Arrojaron un vestido filosófico sobre sus pobres observancias, y las embellecieron con los refinamientos de un intelecto cultivado. Aún así, su noción del deber moral y religioso era tan superficial como el de los fariseos, y, como en éstos, estaba ausente el sentido de pecado, el hábito de la negación de sí mismo, y el deseo de contrición. Idearon un código moral que podían obedecer sin problema, satisfechos del mismo y consigo mismos. Para Jenofonte, uno de los mejor fundados y más religiosos de sus escritores, que había visto muchísimo del mundo y tuvo la oportunidad de reunir los pensamientos más elevados de muchas escuelas y países, la virtud consiste principalmente en regir los apetitos y las pasiones, y en servir a otros para que ellos puedan servirnos a nosotros. Dice, en la bien conocida fábula llamada la elección de Hércules, que el vicio no disfruta realmente de aquellos placeres a los que apunta, que come antes de tener hambre, bebe antes de tener sed, y duerme antes de estar cansado. Nunca escucha, dice, la más dulces de las voces, su propio elogio. Nunca ve el más grande de los lujos, sus propios actos buenos. Debilita el cuerpo del joven y el intelecto del viejo. Por otro lado, la virtud recompensa a los jóvenes con la alabanza de sus mayores, y recompensa a los mayores con la reverencia de los jóvenes, y les otorga memorias agradables y paz actual, les asegura el favor del cielo, el amor de los amigos, la gratitud de la nación, y cuando llega la muerte un renombre eterno. En todas estas descripciones, la virtud es algo externo, no tiene que ver con motivos

o intenciones, se ocupa de hechos que atañen a la sociedad y que obtienen la alabanza de los hombres, tiene poco que ver con la conciencia y el Señor de la conciencia, y no sabe nada acerca de la vergüenza, la humillación, y la penitencia. Es en sustancia la religión del fariseo, aunque sea más agraciada e interesante.

Ahora bien, nuestra época está tan apartada en distancia como en carácter de la del filósofo griego. Aún así, ¿quién dirá que la religión que impulsa es muy diferente de la religión de los paganos? Por supuesto, comprendo bien que pueda saber y que quiera decir muchísimas cosas ajenas y contrarias al paganismo. Estoy bien enterado de que la teología de esta época es muy diferente de lo que fue hace dos mil años. Conozco hombres que profesan muchísimo y se jactan de ser cristianos, y hablan del cristianismo como una religión del corazón. Pero si dejamos a un lado las palabras y declaraciones, y tratamos de descubrir lo que es su religión, me temo que encontraremos que la gran masa de hombres de hecho se desembarazan de toda religión que es interior, que no ponen énfasis en los actos de fe, esperanza y caridad, en la simplicidad de intención, en la pureza de las motivaciones, o en la mortificación de los pensamientos, que se limitan a dos o tres virtudes, superficialmente practicadas, que no conocen las palabras contrición, penitencia y perdón, y que piensan y arguyen que, después de todo, si un hombre cumple con su deber en el mundo, de acuerdo a su vocación, no fallará en irse al cielo, por poco o mucho que pueda hacer además en otros asuntos, y puede hacer lo que es indudablemente ilícito. De este modo, el deber de un soldado es la lealtad, la obediencia y el valor, puede dejar que otros asuntos sigan su suerte; el deber de un comerciante es la honestidad, el de un artesano la industria y el contento; de un caballero se requiere la veracidad, la cortesía y la dignidad; de un hombre público la ambición de altos principios; de una mujer las virtudes domésticas; de un ministro de la religión el decoro, la benevolencias y alguna actividad. Pero

todos estas cosas son ejemplos de mera excelencia farisaica, porque no hay percepción de Dios Todopoderoso, ninguna intuición de Sus reclamos respecto a nosotros, ningún sentido de los defectos de la creatura, ninguna condena, confesión o deprecación de sí, nada de esos sentimientos profundos y sagrados que siempre han caracterizado la religión de un cristiano, y cada vez más, y no cada vez menos, a medida que él sube desde la obediencia ordinaria a la perfección de un santo.

Digo que tal es la religión del hombre natural en cualquier época y lugar: a menudo muy bella en la superficie pero sin valor a la vista de Dios, buena en cuanto anda pero sin valor ni esperanza porque no va más allá, pues está basada en la autosuficiencia y termina en autosatisfacción. Concedo que puede ser bello mirarla, como en el caso del joven gobernante a quien nuestro Señor miró y amó, pero lo despidió triste. Puede tener toda la delicadeza, la amabilidad, la ternura, el sentimiento religioso, y la bondad que se ve en muchos padres de familia, en muchas madres, en muchas hijas, a lo ancho y largo de estos reinos, en una era refinada y distinguida como esta, pero aún así la rechaza el corazón penetrante de Dios, pues tales personas caminan guiadas por su propia luz, no por la Verdadera Luz de los hombres, porque el yo es su maestro supremo, y porque dan vueltas en el pequeño círculo de sus propios pensamientos y juicios, indiferentes a conocer lo que Dios les dice, y sin temor de ser condenados por Él, sólo aprobados a sus propios ojos. Y entonces reciben la fuerza de esas terribles palabras, dichas no a un gobernante judío ni a un filósofo pagano, sino a una comunidad cristiana caída, a los cristianos farisaicos de Laodicea: “Tú dices: ‘Soy rico; me he enriquecido; nada me falta’; y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas, vestido blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y un colirio para que te des en los ojos y recobres la vista. Yo

a los que amo, los reprendo y corrijo. Sé, pues, ferviente y arrepíentete” (Apoc 3, 17-19).

Sí hermanos, la ignorancia de nuestro entendimiento, nuestra ceguera espiritual, nuestro destierro de la presencia de Quien es la fuente y la regla de toda Verdad, son la causa de esta religión exigua y sin corazón de la cual los hombres están generalmente tan orgullosos. Si tuviéramos alguna intuición apropiada de las cosas como son, alguna comprensión real de Dios como es, o como somos nosotros, nunca nos atreveríamos a servirle sin temor, o gozar ante Él sin temblor. Y es la remoción de este velo que se extiende entre nuestros ojos y el cielo, es el torrente de la gracia iluminadora del Nuevo Testamento que se derrama sobre el alma, lo que hace a la religión de los cristianos tan diferente de los distintos ritos y filosofías humanas que se difunden sobre la tierra. Solamente los santos católicos confiesan el pecado, porque sólo ellos ven a Dios. Ese tremendo Espíritu Creador, del cual tanto habla la epístola de hoy, es el que introduce en la religión la verdadera devoción, el verdadero culto, y cambia a los fariseos autosatisfechos en publicanos autoabatidos de corazón desgarrado. Es la visión de Dios, revelada al ojo de la fe, lo que nos hace odiosos a nosotros mismos por el contraste que encontramos al presentarnos ante ese gran Dios a quien miramos. Es la visión de Él en su infinita gloria, santísimo, hermosísimo y perfectísimo, lo que nos hace hundir en la tierra con desprecio y aborrecimiento de nosotros mismos. Estamos contentos con nosotros mismos hasta que le contemplamos a Él.

¿Por qué es tan preciso y bien definido el código moral del mundo? ¿Por qué es tan calmo el culto de la razón? ¿Por qué era tan gozosa la religión del paganismo clásico? ¿Por qué es tan agraciado y correcto el marco de toda la sociedad civilizada? ¿Por qué, por otra parte, hay tanta emoción, tantos sentimiento conflictivo y alterno, tanto que es elevado y tanto que es abatido, en la devoción del cristianismo? Es porque el cristia-

no, y solamente el cristiano, tiene la revelación de Dios, porque tiene en su mente, en su corazón y en su conciencia, la idea de alguien que es Autodependiente, Eterno e Incomunicable. Sabe que Uno sólo es santo, y que sus propias creaturas son tan frágiles en comparación a Él que se acabarían y se esfumarían en Su presencia si no las sostuviera con Su poder. Sabe que existe Uno cuya grandeza y santidad no están afectadas, ni el centro de su estabilidad movido, por la presencia o la ausencia de toda la creación con sus innumerables seres y partes; Uno a quien nada puede tocar, nada puede hacer crecer o disminuir; Uno que era tan poderoso antes de hacer los mundos como desde entonces, y tan sereno y bienaventurado desde que los hizo como antes de haberlos hecho. Sabe que su propia felicidad, su propia santidad, su propia vida, y esperanza, y salvación, residen en las manos de Un solo Ser. Sabe que hay Uno a quien le debe todo, y contra quien no puede tener garantía o remedio. Todas las cosas son nada delante de Él; los seres más elevados no hacen sino adorarle más; los seres más santos son tales sólo porque tienen mayor parte en Él.

¿Qué tiene ahora para enorgullecerse cuando considera su pasado? ¿Adónde se ha ido toda esa belleza que hasta ahora pensaba tener? ¿Qué es sino un vil reptil que debiera desaparecer de las luz del día? Este fue el sentimiento de San Pedro cuando tuvo al principio aquel vislumbre de la grandeza de su Maestro, y clamó casi fuera de sí: “Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador” (Lc 5, 8). Fue el sentimiento del santo Job, aunque había servido a Dios por tantos años y había sido tan perfecto en la virtud, y le dijo al Todopoderoso que le había contestado desde la tempestad: “Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento en el polvo y la ceniza” (Job 42, 5-6). Y así fue con Isaías cuando tuvo la visión del serafín y dijo: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito, y he visto con mis ojos al rey, Señor de los ejércitos!” (Is 6,5). Y así fue con Daniel, cuando, incluso a la vista de un ángel

enviado por Dios “estaba sin fuerzas, se demudó su rostro, desfigurado, y quedó totalmente sin fuerzas” (Dan 10, 8). Esta es la razón, hermanos, de porqué todos los hombres, cualquiera sea su grado de santidad, hijo pródigo o santo maduro, dice con el publicano “Señor, ten piedad de mí” (Lc 18, 13), de por qué las naturalezas creadas, superiores o inferiores, están todas en un nivel de visión en comparación del Creador, y todas ellas tienen un solo discurso, sea el ladrón en la cruz, Magdalena en la fiesta, o San Pablo antes de su martirio. No es que uno de ellos no pueda tener lo que otro no tiene, sino que todos y cada uno no tienen nada que no venga de Él, y no son nada ante Él, que es todo en todos.

Queridos hermanos, para nosotros, cuyas obligaciones residen en esta sede de estudios y ciencia, que nunca nos entusiasmamos por una indebida afición a alguna rama de estudios humanos, como para olvidar que nuestra verdadera sabiduría, nobleza, y vigor, consiste en el conocimiento de Dios Todopoderoso. La naturaleza y el hombre son nuestros estudios, pero Dios es más grande que todo. Es fácil perderlo en Sus obras. Es fácil llegar a estar demasiado atados a nuestra propia ocupación, a ponerla en lugar de la religión, y que sea el combustible de nuestro orgullo. Nuestros logros seculares no nos aprovecharán nada, si no están subordinados a la religión. El conocimiento del sol, la luna y las estrellas, de la tierra y sus tres reinos, de los clásicos, o de la historia, no nos llevarán al cielo. Debemos dar “Gracias a Dios” de no ser como los iletrados y torpes, pero aquellos a quienes despreciamos, si solo saben pedir la misericordia de Dios, saben lo que es mucho más a propósito para lograr el cielo, que todas nuestras letras y nuestra ciencia. Que este sea el espíritu con el cual finalizamos nuestro curso. Agradecemos a Él por todo lo que ha hecho, y está haciendo, por nosotros, y que nada de lo que sabemos o podemos hacer nos impida adoptar, personal e individualmente, las palabras del gran Apóstol: “Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo” (1 Tim 1, 15).●—

Una de las meditaciones de Mons. Fernando M. Cavaller al clero de San Juan durante el retiro anual del 2011, en recuerdo afectuoso de aquellos días de encuentro espiritual guiados por el Beato John Henry Newman.

La caridad pastoral del padre Newman

FERNANDO MARÍA CAVALLER

Hay algunos que piensan en Newman sólo como un intelectual, un teólogo, diríamos, de escritorio, a juzgar por el volumen asombroso de sus escritos. Pero es una impresión equivocada. No lo conocen. Newman fue esencialmente un pastor, un sacerdote ocupado por la salvación de los demás. Y todo lo que escribió lleva la impronta de este interés. Sus obras más sistemáticas, como el *Ensayo sobre los Arrianos*, la *Via Media*, las *Conferencias sobre la Justificación*, el *Ensayo sobre el Desarrollo*, o la *Gramática del Asentimiento*, fueron respuesta a problemas reales y presentes en la Iglesia y en el mundo de entonces. Los artículos periodísticos eran concretos. Los *tractos* del Movimiento respondían a la necesaria reforma de la Iglesia anglicana. Y su pensamiento, su oración, y su caridad pastoral, están patentes en sus Sermones. Sus 20.000 cartas (32 volúmenes) son muestra cabal del interés por personas particulares, el deseo de responder a sus necesidades, corporales y espirituales, teológicas o morales. Fue consejero de muchos. Fue un sacerdote a cargo de parroquia en su vida anglicana y católica. Y aún siendo Cardenal, permaneció simple sacerdote, pues nunca fue nombrado Obispo. Veamos algunos hechos y palabras que pueden completar su semblanza de pastor.

Como anglicano

Habiendo decidido su vocación sacerdotal, escribe en su diario: *Señor, Tú me has bendecido con todos los bienes, pero hazme Tuyo.*

*Fúndeme y moldéame según la divina imagen. Haz que me agote por Tí, que pase por la enfermedad, el dolor, la pobreza, la aflicción, el reproche, la persecución, cualquier cosa del mal del mundo, si es para promover Tu gloria. Sálvame de una vida inútil, guárdame de enterrar mi talento.*¹

El 13 de junio de 1824 es ordenado diácono. Su diario dice: *Ya pasó. Soy tuyo, Oh Señor. Parece algo aturdido, y no puedo creerlo y entenderlo del todo. Al comienzo, cuando me fueron impuestas las manos, mi corazón se estremeció. Las palabras “para siempre” son tan terribles... Por momentos mi corazón se encendió dentro mío, sobre todo durante el canto del Veni Creator. Señor, no te pido comodidad en comparación con la santidad...Tengo la responsabilidad de las almas sobre mí hasta el día de mi muerte.*² Recuerda ya católico el momento: *¿Podré olvidar, nunca podré, el día cuando en mi juventud me até al ministerio de Dios en esa vieja iglesia de St. Frideswide, la patrona de Oxford? ¿Ni cómo lloré tanto con dulce lágrimas, cuando pensé en lo que me había convertido, aunque no consideraba la ordenación como un rito sacramental, y ni siquiera el bautismo ligado a ninguna virtud sobrenatural?*³

1 A.W 188.

2 A.W., 200-201.

3 Diff, 81, 1850

Por entonces, Newman piensa en ser misionero, y su imaginación apostólica lo lleva hasta Asia y África, para lo cual busca información en la Church Missionary Society: *Como pienso que el oficio misionero es el más alto privilegio que de Dios puedo poseer, aunque hablo ciegamente, no será equivocado rezar a Dios para que haga de mí un misionero. Por lo tanto en el futuro propongo hacerlo.*⁴

Pocos meses después de la ordenación muere su padre, y escribe: *Cuando yo muera, ¿me seguirán a la tumba mis hijos? Mi madre dijo el otro día que esperaba vivir para verme casado, pero yo pienso que o moriré entre los muros de un College, o como misionero en tierra extranjera, no importa donde, con tal que muera en Cristo*⁵

Acepta el curato de San Clemente en Oxford: *...Cuando pienso sobre lo arduo, me estremezco. Oh, que pueda echarme atrás, pero soy soldado de Cristo. Cada texto sobre el deber ministerial y mis votos de ordenación vienen a mí en los últimos dos días, con una fuerza diez veces mayor.*⁶ Visita la totalidad de la parroquia casa por casa. Dice que aprendió *que el modo más rápido de encontrar acceso al corazón de un hombre es entrar en su casa.* Llevaba a menudo a los pobres de la parroquia regalos de vino, pan, libros o dinero. Evitó que una familia fuera desalojada. Asombra el detalle con que cuenta estas cosas en su diario. O en sus cartas: *La parte más agradable de mis obligaciones es visitar a los enfermos...Mis visitas santifican bastante el día para mí, como si cada día fuese Domingo.*⁷ El libro de oraciones que llevaba consigo muestra signos uso frecuente, sobre todo en la sección de oraciones para ser dichas ante de cada visita. Luego de la visita Newman recogía las experiencias en un libro grande.

4 A.W., 194.

5 A.W., 203.

6 A.W., 198.

7 LD I, 191.

Entre sus intenciones de la semana para su oración personal en 1824, aparecen estas para el jueves: *...Intercesión por el rebaño de San Clemente, clérigos disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rector, capilleros y otros oficios, enfermos, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas, que la iglesia pueda ser reconstruida y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad.*⁸ Esta oración está copiada tal cual en su posterior libreta de Misa, con la comprensible omisión de “romanistas”.

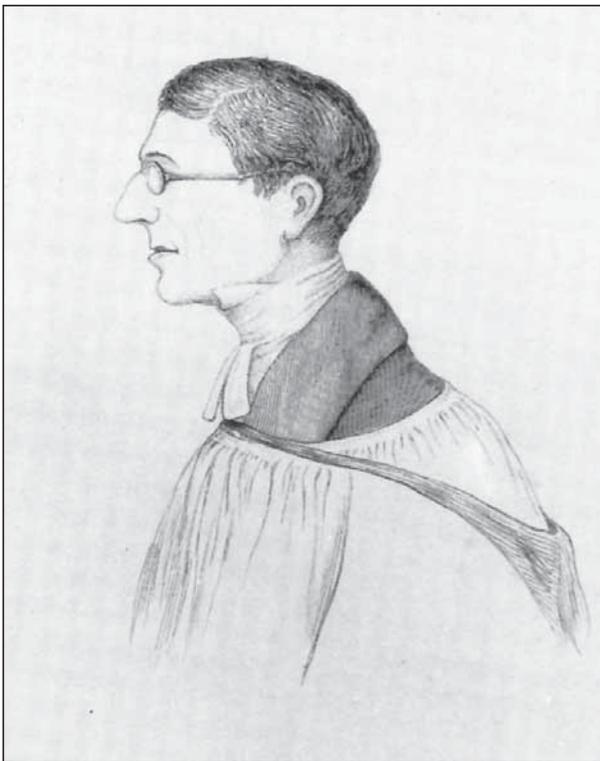
En cuanto a los sermones, los comenzó a preparar con gran atención, incluso preocupado porque decía no tener una voz bastante fuerte. Pero la realidad es que los fieles pasaron de ser unos cincuenta a no caber dentro de la iglesia. La capacidad era para 200. De hecho, comenzó en el proyecto de reconstruirla. La tarea de recolectar suscripciones fue enorme. Luego comenzó la escuela dominical, típica de entonces, para el catecismo de los niños.

El 29 de mayo de 1825 es ordenado presbítero en la catedral de Oxford, “Christ Church”, por la mañana. Esa misma tarde predicó en San Clemente, celebró un bautismo y luego un entierro, antes de sentarse a cenar, solo. Newman dice en su diario: *Hoy he sido ordenado sacerdote. ¡Qué celebración divina es la de Ordenación! Todo tiene una fragancia, y pensar en ello es un consuelo y un deleite.*⁹

Sigue en San Clemente. Pero desde tres años antes era fellow en el Oriel College. Y trata de equilibrar su trabajo pastoral con el académico. Descubre que la educación misma debe considerarse como verdadero cuidado pastoral. Al año siguiente le nombran *Tutor* de Oriel, cargo que le responsabiliza aún más sobre los alumnos. Se muda al College, a la habitación que será su ho-

8 Manuscrito, Archivos del Oratorio de Birmingham, C.5.12.

9 A.W., 205.



Newman en 1841.

gar durante los próximos 17 años. Más de 50 años después escribe: *Mucho antes de ser sacerdote católico...cuando era Tutor público de mi Colegio en Oxford, mantenía, aún ferozmente, que mi ocupación era claramente pastoral. Consideraba que por los estatutos de la Universidad, una profesión de Tutor era de naturaleza religiosa... Consideraba que el Tutor de un College tenía el cuidado de las almas.*¹⁰ Resignó, por tanto su curato en San Clemente, y anota en su diario: *Y ahora, Oh Señor, estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado. Y después de un mes como Tutor agre-*

*ga: Que pueda reflexionar más seriamente, que, a menos que encuentre se produzcan oportunidades de hacer el bien a aquellos sobre quienes estoy colocado, llegará a ser una cuestión seria si debo continuar en la Tutoría*¹¹. Por un lado, no le veía el sentido a preparar estudiantes en los Clásicos y nada más, pero tampoco consideraba que los Clásicos fueran una especie de pretexto para mantener contacto con sus alumnos y cuidar sus almas, porque formaría las mentes de sus alumnos haciendo de los Clásicos una lección moral, desde que muestran la naturaleza humana tal como existía sin la gracia antes del advenimiento del cristianismo”.¹²

Cuando dejó San Clemente, el párroco dijo que los trabajos de Newman en esa parroquia habían excedido en mucho a los que pudieran nombrar en otras parroquias de Oxford en esos días.¹³ Era verdad, y la salud de Newman había sufrido como consecuencia. Hasta llegar a Birmingham como católico no volvería a encontrarse con una exigencia igual, en realidad mayor. En medio de todo esto, escribía: no sólo sus sermones, sino artículos para la Enciclopedia, el ensayo sobre los milagros.

Hay semblanzas de su desempeño docente, escritas por testigos: *Hablaba acerca de cuestiones del momento, de literatura, de personas públicas e incidentes, de todo lo que era generalmente interesante. Parecía siempre estar mejor informado sobre temas comunes de conversación que cualquiera de los presentes. Lo que decía llevaba consigo convicción. Irónico podía ser, pero no malicioso. Nunca se le escuchó ni una sola anécdota maliciosa. Y prosaico o monótono no podía ser. Era luminoso, e interesante porque nunca hablaba por el hecho de hablar, sino porque tenía algo que decir...Una fuerza de carácter que rehusaba ser modificada por las*

11 A.W., 209.

12 Placid Murray, Newman the Oratorian, Fowler Wright Books, Leominster, Herefordshire, 1980.

13 LD III, 141.

10 Addresses to Cardinal Newman with his Replies etc., de.W.Neville del Oratorio, 1905.

*circunstancias, que seguía su propio camino, y llegó a ser poderosa en el mundo, un temperamento voluntarioso, pero a la vez gentil, dulce, simple de corazón y de propósito...formado por naturaleza para gobernar a otros..."Credo in Newmannum" era frase común en Oxford y es aún inconscientemente la fe de nueve de cada diez ingleses que se convierten a Roma.*¹⁴ Esto lo escribe un alumno suyo casi 50 años después. Había una cierta veneración en torno suyo: "¡Ahí va Newman..!" Había en él algo de otro mundo. Creció entre sus alumnos el número de los que querían ser clérigos.

A los 27 años, 2 años después de su ordenación sacerdotal, es nombrado párroco (o vicario, como dicen en Inglaterra) de la iglesia Santa María, la parroquia de la Universidad. Hasta entonces había estado asistida por Hawkins, que era ahora el nuevo *provost* de Oriel. Newman recuerda el evento así: *Aquello era para mí como una sensación de primavera después del invierno y, si me es lícito decirlo así, salí de mi caparazón y permanecí fuera hasta 1841.*¹⁵ Visitó nuevamente casa por casa. Las celebraciones (o servicios como los llaman) eran dos cada domingo (más en Navidad y Viernes Santo), uno el primer día de Cuaresma, cada día de la Semana Santa, en varias Fiestas de los santos. No eran eucarísticas. Dice Newman mismo que *El sacramento de la Cena del Señor era administrado 12 veces en el año*.¹⁶ Trabajó para reunir miembros de diferentes Colleges y fundó un dinner club, cenas que se realizaban una vez cada 15 días.

Dice en un sermón: *Un párroco es obviamente un principio viviente de la religión entre la gente que le han confiado.* Vivió trece años predicando desde el púlpito de Santa María, que hoy mismo lleva la inscripción que recuerda su paso. Hemos leído algunos estos días. William Lockhart, futuro converso también, recuerda así su predica-

ción: "Era para muchos de nosotros como si Dios mismo nos hubiese hablado por primera vez...Y no veo cómo pudo haber sido a menos que el que hablaba fuera él mismo un *vidente*, alguien que vio a Dios, y las cosas de Dios, y hablara de lo que había visto, en la penetrante, luminosa, intuición de la fe. Tenía el maravilloso poder sobrenatural de elevar la mente hacia Dios, y de implantar profundamente en nosotros una convicción personal de Dios, un sentido de Su Presencia". Otro testigo dice: "Era un estilo siempre simple, refinado, sin pretensiones, y nada retórico, pero siempre marcado por una profundidad de sentimientos que brotaban evidentemente del corazón y de la experiencia del predicador...que parecía entrar en las mismas mentes de los que lo escuchaban". Eran a las 4 de la tarde del domingo, la hora del té, y se convirtieron en un clásico de la espiritualidad cristiana.

En 1830 comienza a celebrar la liturgia de las Fiestas, que estaba relegada al olvido. Decía en un sermón de entonces: *¿Podemos idear un sistema de predicación a los hombres más poderoso a largo plazo, en el que los menos instruidos y los más tímidos de nuestro pueblo puedan tomar parte más fácilmente, que si todos los que aman sinceramente al Señor Jesucristo adquirieran la práctica de acudir en tropel a las iglesias en las fiestas durante la semana y en los distintos tiempos sagrados...?*

En sus sermones se refiere a los pastores. *Los sacerdotes de Cristo no tienen otro sacerdocio que el Suyo. Son solamente Sus sombras y órganos, son Sus signos externos, y lo que hacen El lo hace. Cuando bautizan, El está bautizando. Cuando bendicen, El está bendiciendo. El está en todos los actos de Su Iglesia y ninguno de sus actos es más verdaderamente Suyo que otro, porque todos son Suyos...*¹⁷ En otro interpela: *Los primitivos cristianos miraban la Ordenación muy distinto que hoy día, ¡hay de nosotros! Ahora el oficio ministerial se toma como una "profesión"*

14 J.A.Froude, 1881.

15 Apo., 16.

16 LD III, 11-12.

17 PPS VI, 27, p 242.

de este mundo, una provisión, una manera de ganarse la vida; es asociado en la mente de los hombres con una vida comparativamente fácil, o al menos no problemática, con respetabilidad y confort, con algo competente, con una posición en la sociedad. ¡Hay de nosotros, que no sentimos ninguno de aquellos terrores que hacían escapar del mismo a los primeros cristianos! Era una función tan solemne a sus ojos (dejando de lado el riesgo de sobrellevarla en tiempos de persecución) que cuanto más santo era un hombre, menos inclinado estaba a aceptarla. Sentían que era de algún modo contraer la responsabilidad de otros hombres, confiarles su salvación, sentían que era poco posible hacerse cargo sin el riesgo de ser salpicados con la sangre de almas perdidas... En consecuencia retrocedían ante el trabajo, como si, usando una débil similitud, se les hubiera mandado zambullirse para buscar perlas en el fondo del mar, o escalar un risco con precipicio que produce vértigo... Por tanto huían literalmente en muchas oportunidades, cuando eran llamados al oficio sagrado, y la Iglesia también literalmente los tomaba por la fuerza y, siguiendo el precedente de la conversión de San Pablo, les imponía la necesidad.¹⁸

Al asumir como párroco de Santa María de Oxford, estaba también a cargo de la aldea de Littlemore, sobre la que hemos hablado varias veces. Era triste y moribunda. La población disminuyó de 452 a 194 habitantes durante los primeros diez años que Newman la atendió. Para esta gente existía el esfuerzo de caminar tres millas los domingos hasta Santa María de Oxford. Habría tres o cuatro casas de piedra, tres o cuatro tabernas o posadas, y otras tantas herrerías y proveedurías. En realidad, sus parroquianos de Littlemore nada sabían o casi nada de su vida en Oxford, y los profesores de Oxford poco se interesaban de su trabajo pastoral en Littlemore. Le dice en una carta a su hermana Jemima: *Comencé mi clase de catequesis en Littlemore el do-*

*mingo pasado,*¹⁹ y a su madre: *En cuanto a dejar mi iglesia por la época que dices, es imposible. Las vacaciones largas son el único tiempo que puedo tener para conocer algo acerca de Littlemore.*²⁰ Desde el comienzo puso mucho empeño de pastor en aquella pequeña villa.

Newman decide levantar una iglesia. Hubo poco dinero y mucha hostilidad de párrocos vecinos. Pero ayudan mucho los miembros del Movimiento y muchos fieles. En 1836, después de la muerte de su madre, que había puesto la piedra fundamental, y la de su gran amigo Froude, la iglesia fue consagrada con el nombre de Capilla de Santa María Virgen y San Nicolás. *El día fue magnífico y la capilla estuvo llena. Williams leyó y yo prediqué. El lado este es realmente bello. Tuvimos una profusión de flores brillantes en ramos, alrededor de toda la capilla. El obispo estaba muy complacido. Hubo una cantidad de detalles que hicieron al día deleitable y con el tiempo, espero, digno de ser recordado. Dos chicos fueron bautizados después. La Eucaristía no hasta el domingo.*²¹ Dice en una carta, con ocasión de quince candidatos para la Confirmación: *Cuando estoy dedicado a ese trabajo, siento siempre cómo me gustaría una parroquia sin nada más que obligaciones pastorales. Una gran ventaja de una parroquia grande es que uno no puede hacer otra cosa. Nada es tan perturbador a la mente como tener dos ocupaciones; es lo que encontré tanto en San Clemente y cuando era Tutor en Oriel. Como mi parroquia no es tan grande, necesariamente me hago dos ocupaciones, que, aunque necesario es distractivo para mí. Algunas personas trabajan mejor con una división de tareas. Otras no pueden atender una cosa por más de dos horas sin un dolor de cabeza. Yo confieso que nunca hago algo tan bien como cuando no tengo otra cosa que hacer.*²²

19 Moz., I, 174.

20 Moz, I, 180.

21 Moz., II, 189-190.

22 LD V, 111.

18 PPS IV, 4, pp 60-61.

También había formado un coro. Desde niño tuvo un talento musical grande: tocaba el violín y muy bien, haciendo sonatas con piano y tríos. Dice en una carta desde Littlemore: *Continúo aquí ; los chicos están mejorando en su canto. He tenido la audacia de irles enseñando tonos nuevos. He rescatado un violín y lo he afinado, y lunes y martes les acompaño con él. Son entre treinta y cuarenta, en el aula de la escuela. Les doy catecismo también en la iglesia y han tomado interés. He realizado una gran reforma (por ahora) en las manos y caras de las niñas..²³ Más aún, he empezado con el canto llano, y a modo de experimento, con canto gregoriano, que los chicos parecen captar, aunque no lo han aprendido todavía, porque, veo que les hace sonreír, pero puede ser que se rían de mí.²⁴*

Son los años del Movimiento a partir de 1833, donde Newman comienza una nueva etapa de su cuidado de las almas, ahora no sólo directamente sino a través de los clérigos, a quienes buscaba hacer redescubrir los tesoros de la vida católica que se habían perdido en la Iglesia de Inglaterra. Fue una tarea a lo largo de los años, según su principio de la influencia personal. *Los movimientos vivos no nacen de comisiones.* Ese fue Newman siempre. Se iba a caballo a repartir los Tracts a los curas rurales. *Visité al clero de varias partes del país, fuese o no conocido mío, y frecuenté las casas de amigos en que, de cuando en cuando, se tenían reuniones de eclesiásticos...No me preocupaba si mis visitas las hacía a la Alta o a la Baja Iglesia; lo que yo quería era dar una fuerte sacudida en unión con todos los que eran opuestos al liberalismo, quienesquiera que fuesen.²⁵* Escribía innumerables cartas. El culto a la amistad (habría que hacer la letanía de nombres que llenan toda su vida) es otra muestra de la primacía de lo personal sobre lo general. Entra aquí también la cuestión de la importan-

cia de amistades sacerdotales en la vida de un sacerdote. Dirigió además el *British Critic*, que se iba a convertir en portavoz habitual de las doctrinas del Movimiento. Su vida pastoral lo llevó al periodismo.

En 1838 instituye en Santa María la celebración semanal de la Eucaristía, a las 7.00 de la mañana del domingo. Más tarde introdujo la celebración diaria. Pero no era fácil el trabajo en Oxford. Su gran responsabilidad lo hace decir estas cosas: *Es seguro que no conozco a mis parroquianos de Oxford; no soy consciente de influenciarlos, y ciertamente no veo su estado espiritual. No tengo conocimiento personal o pastoral de ello. A muy pocos he tenido oportunidad de decir una palabra religiosa...Por otro lado, soy consciente de que por medio de mi posición en Santa María sí ejerzo una considerable influencia en la Universidad, sean graduados o no...Estoy convirtiendo en cargo parroquial en una suerte de oficio universitario..* Además, era consciente de que sus sermones no gustaban a las autoridades de la Universidad, y temía que estuvieran disponiendo a muchos hacia Roma. Se retira finalmente a Littlemore. Renunciará como párroco de Santa María 2 años antes de su conversión, permaneciendo como laico.

Como católico

La conversión de Newman fue un desarrollo, de modo que su visión pastoral esencial no se modificó sustancialmente, aunque por supuesto asumió la características propias de un sacerdote católico, y además oratoriano. Luego de ser ordenado en Roma, y vuelto a Inglaterra, el resto de su vida sacerdotal tuvo como sede el Oratorio que fundó en Birmingham, una ciudad en el centro de Inglaterra, crecida por la revolución industrial. Para prepara la primera Navidad en 1848 los padres del Oratorio (eran cinco entonces) hicieron *una misión en el barrio. Escucharon entre 700 y 800 confesiones, y recibieron 22 personas en la Iglesia católica. Nunca fueron más impactantes que en Inglaterra las palabras*

23 Moz., II, 271.

24 LD VII, p.285.

25 Apo., 42.

“La cosecha es grande, los trabajadores son pocos”. Podríamos convertir Inglaterra, humanamente hablando, al menos las clases bajas, si tuviéramos sacerdotes suficientes.²⁶

La ciudad de Birmingham, un lugar muy poblado, destacado por su reciente rebaño de conversos, pero lleno de toda suerte de herejía, con su juventud, hábil en sus negocios pero con una religión falsa o con ninguna. Esta ciudad fue por muchos años el centro de organizaciones activamente hostiles a las leyes de la naturaleza y de la sociedad...enseñándoles a la gente Ciencia, pero haciéndolos ignorantes de su religión.²⁷ Ya había dicho como anglicano: No es exagerado decir que nuestras grandes ciudades requieren incluso una fundación misionera.²⁸ De todos modos, el celo pastoral de Newman no miraba solo la totalidad sino a cada persona en particular: buscó salvar almas “no por número sino por nombre”. Había también muchos irlandeses inmigrantes. Los niños mayores de 7 años tenían que trabajar hasta las 8.00 de la noche.

Después de algunos meses dice: Tenemos una capilla aceptable (que fue una destilería de gin), admite seiscientas personas cuando se llena del todo, como suele ocurrir los domingos. En la pasada noche hubo gente que vino una hora antes y muchos no pudieron entrar. Damos conferencias, muy frecuentadas, los lunes y jueves, y confesamos diariamente, mañana y tarde, a todas horas. Tenemos una escuela con 100 niños...Esperamos iniciar pronto una escuela de día.²⁹ Nuestro objetivo en Birmingham será influir el tono de pensamiento y la opinión en varios círculos de la sociedad, alta o baja, recomendar el catolicismo...y cuidar especialmente a los jóvenes.³⁰

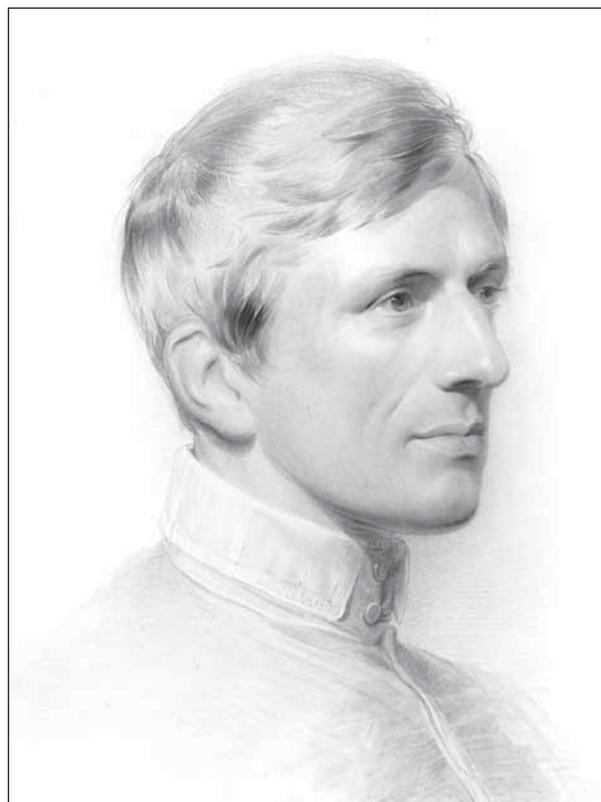
26 LD XII, 382.

27 LD XII, 36-40. Carta al Cardenal Franzoni. 1847.

28 VM II, 68

29 L.D., XIII, 16.

30 LD XXXII 43.



Newman en 1847 (retrato de George Richmond).

Newman trabajaba tanto que a menudo sucumbía a fuertes gripes. En la Navidad de 1850 triplicó sus horas en el confesionario para dar respiro a los otros padres del Oratorio. Una noche instruyó, bautizó y preparó a una persona para la muerte, que ocurrió pocas horas después. El obispo le encomendó a Newman y sus sacerdotes el cuidado pastoral de católicos en una nueva casa de tránsito para trabajadores a 3 km, muchos niños, enfermos o ancianos, unos 600 en un año. Resumiendo todo el trabajo, dice en una carta. *Usted no se da cuenta de nuestra falta de manos. Tenemos la misión por las casas, que incluye Harborne. Tenemos Smethwick con escuelas, a más de 3 km afuera. Tenemos la casa de trabajadores con 600 confesiones al año, con ancianos hombres y mujeres, jóvenes mujeres sin cuidado y un montón de niños. Tenemos escuelas pobres en el Oratorio. Tenemos las obligaciones de la iglesia y el confesionario, con penitentes que viven fuera*

de nuestra parroquia y deben ser visitados en la enfermedad. Tenemos las Escuela del Oratorio. Y conmigo somos siete padres. Estamos sobrepasados. Anteayer dos tuvieron que irse a la cama y otro al médico.³¹

En 1850 se produjo la restauración de la Jerarquía católica en Inglaterra. Wiseman fue nombrado Arzobispo de Westminster por Pío IX y creado Cardenal. Se erigieron catorce diócesis con obispos residenciales. Acababa después de trescientos años el régimen misional a través de Vicarios apostólicos con rango episcopal. Newman impulsó que se dieran en varias ciudades conferencias “a cargo de laicos” (toda una novedad en el catolicismo de entonces). Newman mismo da un ciclo de conferencias en Birmingham. Dice: *Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia; por consiguiente, no está en vuestro número. No está en vuestro número como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana...Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión...Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado inteligente y bien instruido...Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra razón, que echéis una mirada profunda a la relación entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles con las bases y principios del catolicismo.*³² Vino poco después la Universidad católica de Irlanda, que él fundó y dirigió, y consideró necesario tener profesores laicos. De los 32 profesores, sólo cinco eran sacerdotes. Tuvo dificultades cuando nombró jóvenes irlandeses brillantes como profesores y dis-

tinguidos conversos ingleses en letras clásicas. Organizó grupos de alumnos para discutir temas de actualidad, mandó construir una sala de billar, consiguió un campo de cricket, y para la atención religiosa construyó la iglesia, y por supuesto las residencias de estudiantes. En cuanto al famoso artículo en el Rambler, que tanto le hizo sufrir, el texto es una excelente contribución a lo que se llama el *sensus fidelium*. La influencia de Newman sobre el lugar del laicado en la Iglesia fue enorme. Llegó hasta el Concilio Vaticano II, que se hizo eco de sus intuiciones y enseñanzas.

Newman mismo dice en su diario: *De principio a fin, la educación, en el sentido amplio de la palabra, ha sido mi línea de trabajo.*³³ También fundó la Escuela del Oratorio, con internado, en su origen para recibir a los hijos de conversos. Fue la primera escuela católica pública en Inglaterra. Tuvo gran éxito y su ejemplo y competencia elevó el nivel de las demás escuelas católicas inglesas. Había que poner remedio a las *desastrosas deficiencias* que obstaculizaban la causa de la Iglesia, la primera de todas la baja calidad de la enseñanza católica en el mundo inglés. Newman enviaba dos reportes al año a los padres, los escribía y recibía a los padres cuando iban. Les leía y explicaba a los alumnos cada domingo y año tras año todo el Nuevo Testamento, en la capilla lateral, mientras duraba el sermón de la Misa en la iglesia.

El obispo pidió a Newman dos sacerdotes que pudieran ayudar al sacerdote de Bilston con los enfermos de la peste del cólera que se había desatado allí, pero Newman mismo y Ambrose St. John tomaron el lugar y se quedaron allí hasta que hubo pasado lo peor. En esa época era arriesgar la vida.

En la Positio para la beatificación hay un extracto del padre Neville, su asistente inmediato: *Ciertamente, el pensamiento de nuestro Cardenal acerca de los pobres era cómo podía ayudarles discretamente, y en muchos casos, fueran o*

31 LD XXI, 54-5, 1864.

32 Pr.Pos., 388-391.

33 AW 259.

no conocidos por él personalmente, después de saber bien cómo era la situación, les daba cinco o diez libras [era mucho entonces] a una persona por vez, pensando la sorpresa que sentirían al saber que estaban siendo ayudados... Sentía que era un privilegio poder hacer esto. Detrás de la escena y calladamente ayudaba a los que no tenían trabajo, especialmente mujeres, pidiendo por ellas a personas de buena posición que podían emplearlas. Pagaba al médico las cuentas de pacientes pobres.

Con 89 años, un año ante de morir, un hecho muestra el corazón de Newman. El Cardenal viajó para interceder por las empleadas católicas de la fábrica de chocolates Cadbury, que se resistían a asistir a las clases diarias de Biblia que organizaban los hermanos Cadbury que eran cuáqueros. Newman restableció la paz y consiguió que se las eximiera para tener sus oraciones católicas en esa hora.

Otra actividad pastoral permanente fue la que hizo a través de sus cartas (20.000). Esto solo es suficiente para darnos cuenta de su amor y dedicación por las personas, una a una. Es una verdadera cátedra de consejo, dirección espiritual, enseñanza y celo por la verdad. Dice en una: *Ud debe recordar que todos los lugares tienen sus tentaciones, incluso el claustro. Nuestro trabajo aquí es vencernos a nosotros mismos: ser sensatos con nuestra debilidades, sentir las intensamente, es el paso necesario para vencerlas. Nunca espere estar sin ellas mientras viva. Si estas se ven descubren otras, porque sus ojos verían su estado real de imperfección más claramente que ahora, y también porque son en gran medida una tentación del Enemigo, y él tiene tentaciones para todo estado, para toda ocasión. Puede convertir en tentación cualquier cosa que hagamos o que no hagamos, como un hábil retórico convierte cada cosa en un argumento... Si tal es la condición de esta vida, resistirlas es también un deber, y resistirlas con éxito.*³⁴

34 LD XIV, 1850

Otro consejo a alguien que está en camino a una posible conversión al catolicismo: *Algunos hombres santos, pienso en San Buenaventura, hablando sobre las sugerencias interiores hacia la vida monástica, observa esto: 'Nunca confíes en una primera sugerencia; no puedes decir si es una voz que viene de arriba o de abajo; tu regla es no atenderla sino seguir adelante como es habitual. Rechazarla al principio. Si viene de Dios retornará al debido tiempo. Y así en todos los grandes cambios, un tiempo para pensar y prepararse es una introducción necesaria si queremos saber cuál es la voluntad de Dios.'*³⁵

A una señora que no sabía a qué orden debía entrar le dice: *No podemos tener todas las cosas en este mundo, pero podemos tener la más grande de todas, la presencia de Dios, la guía de Dios. Que pueda ud, tenerla abundantemente, dondequiera esté, y la tendrá, pero debe abandonarse en las manos de El, que la ama*³⁶.

No tenía duda sobre las vocaciones reales en el caso de los niños, y cita a Samuel, o Santo Tomás, o San Luis Gonzaga o San Felipe Neri, o San Alfonso, aunque San Ignacio y San Anselmo son ejemplos de vocación tardía. Pero deseaba que maduraran en la vida secular. *Ante las dos dificultades opuestas, de privar a nuestro Señor de Sus sacerdotes y ofrecerle quienes sean indignos, estaría dispuesto a actuar con mucho más reparo de la última. Creo que una verdadera vocación en un muchacho no se pierde por una educación secular, cuanto más se mezcla por un tiempo y aparece de nuevo, pero una falsa vocación puede ser fatal e irremediablemente promovida en un seminario.*³⁷

Otra muestra de humildad de Newman es como relata su negativa a participar del Concilio Vaticano I. *No puedo soportar la clase de turba-*

35 LD VIII, 239. 1841

36 LD XV, 352-3, 1853

37 LD XXI, 181. 1864.

*ción que tendría si me mandaran afuera en forma pública. Recuerde que no podría estar en el concilio a menos que fuese obispo –y realmente y verdaderamente yo no soy un teólogo. Un teólogo es alguien que domina la teología –que puede decir cuántos opiniones hay sobre cada punto, qué autores han tratado cada cual, y cuál es la mejor– que pueden discriminar exactamente entre proposición y proposición, argumento y argumento, que pueden decidir cuál es lo válido, lo permitido, cuál lo peligroso –que puede trazar la historia de las doctrinas en las sucesivas centurias, y aplicar los principios de los tiempos anteriores a las condiciones del presente. Esto es ser un teólogo –esto y cien cosas más. Y esto yo no lo soy, ni lo seré nunca. Como Gregorio Nacianceno me gusta andar por mi propio camino, y ser dueño de mi tiempo, vivir sin pompa ni posición, ni presionado por compromisos. Si me ponen un traje oficial, no sirvo para nada; déjenme como soy y de vez en cuando haré algo. Revístanme y pronto tendrán que amortajarme –déjenme solo y viviré el tiempo el tiempo que se me ha destinado.*³⁸

Hay una faceta que quisiera poner de relieve en esta semblanza pastoral. Newman fue músico, y en Birmingham estuvo vinculado a la organización de los famosos Festivales de música clásica, que existen hasta hoy. Se ocupó, por supuesto de la música sacra, de himnarios y de coros. Y tuvo el genio de hacer analogías con la música. Esta es una de ellas. Le responde a Robert Jenkins, un protestante que le habla de su “teoría musical de la teología” preguntándole “¿qué sería la música sin la ‘disonancia fundamental’, sin ese delicioso acorde de transición que es la “séptima disminuida”, que causa alegría en más resoluciones a la tónica que cualquier otro?. Pero el mal de la teología romana es la resuelta determinación de

destruir todo pasaje disonante con falsas consonancias, y aún forzar cada nota en el unísono con la gran tónica del Papa...”. Newman le contesta: “Sí. El Papa es la nota tónica, los obispos la tercera, los sacerdotes la quinta, el pueblo la octava, y los protestantes son la séptima disminuida que necesita resolución”.³⁹

Dijo el Papa al final de su homilía en la Misa de beatificación en Birmingham el 19 de septiembre del año pasado: “Prefiero concluir con una breve reflexión sobre **su vida sacerdotal, como pastor de almas**. Su visión del ministerio pastoral bajo el prisma de la calidez y la humanidad está expresado de manera maravillosa en otro de sus famosos sermones: “Si vuestros sacerdotes fueran ángeles, hermanos míos, ellos no podrían compartir con vosotros el dolor, simpatizar con vosotros, no podrían haber tenido compasión de vosotros, sentir ternura por vosotros y ser indulgentes con vosotros, como nosotros podemos; ellos no podrían ser ni modelos ni guías, y no te habrían llevado de tu hombre viejo a la vida nueva, como ellos, que vienen de entre nosotros” (Mix 3) Él vivió profundamente **esta visión tan humana del ministerio sacerdotal en su desvelo pastoral por el pueblo de Birmingham**, durante los años dedicados al Oratorio que él mismo fundó, **visitando a los enfermos y a los pobres, consolando al triste, o atendiendo a los encarcelados**. No sorprende que a su muerte, tantos miles de personas se agolparan en las calles mientras su cuerpo era trasladado al lugar de su sepultura, a no más de media milla de aquí. Ciento veinte años después, una gran multitud se ha congregado de nuevo para celebrar el solemne reconocimiento eclesial de la excepcional santidad de este padre de almas tan amado”.●—

38 Febrero d 1869, a Giberne.

39 LD XXVIII, p.189 (1877)

Meditations and Devotions, parte I, II, 5-7

Dos meditaciones marianas para Navidad

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

María es Mater Creatoris La Madre del Creador

Este es un título que, entre todos los demás, hubiéramos pensado imposible de poseer por ninguna criatura. A primera vista, podríamos estar tentados de decir que confunde nuestras ideas fundamentales sobre el Creador y la creación, lo eterno y lo temporal, lo subsistente por sí mismo y lo dependiente. Pero en una consideración ulterior veríamos que no podemos rehusar a María el título sin negar la divina Encarnación, esto es, la gran y fundamental verdad de la revelación de que Dios se hizo hombre.

Y esto fue visto así desde los primeros tiempos de la Iglesia. Los cristianos estaban acostumbrados desde el principio a llamar “Madre de Dios” a la Bienaventurada Virgen, porque veían que era imposible negarle este título sin negar las palabras de San Juan: “El Verbo (es decir, Dios Hijo) se hizo carne” (Jn 1,14).

Después de un tiempo no muy largo, se consideró necesario proclamar esta verdad por la voz de un Concilio Ecuménico de la Iglesia, pues como consecuencia del disgusto que los hombres tienen del misterio, se difundió el error de que nuestro Señor no era realmente Dios sino un hombre, diferente de nosotros sólo en que Dios habitaba en él, como habita en todos los hombres buenos, pero en mayor medida, como habita el Espíritu Santo en los Ángeles y Profetas, como en una suerte de templo, o como nuestro Señor lo hace ahora en el sagrario de la iglesia. Y en-

tonces, los obispos y el pueblo fiel vieron que no había otro camino para impedir que fuera enseñada esta opinión falsa y mala sino declarar con precisión y como doctrina de fe que María era Madre de Dios, no sólo de un hombre. Y desde ese momento el título de María *Madre de Dios* ha venido a ser un dogma o artículo de fe en la Iglesia.

Pero esto nos lleva a una consideración más amplia del tema. ¿Es este título dado a María más maravilloso que la doctrina de que Dios se ha hecho hombre sin cesar de ser Dios? ¿Es un misterio mayor que María sea Madre de Dios al de *Dios* hecho *hombre*? Aunque ésta última es, como ya he dicho, la verdad fundamental de la revelación, atestiguada por profetas, evangelistas y apóstoles a lo largo de toda la Escritura, qué puede ser más consolador y gozoso que las maravillosas promesas que se siguen de la verdad que afirma que María es Madre de Dios, esto es, el prodigio de que vengamos a ser hermanos de nuestro Dios, que si vivimos bien y morimos en gracia de Dios todos seremos elevados para siempre por nuestro Dios encarnado al lugar donde habitan los ángeles, que nuestros cuerpos serán levantados del polvo y llevados al Cielo, que seremos unidos realmente a Dios y partícipes de la naturaleza divina, que cada uno de nosotros será introducido en cuerpo y alma en el abismo de gloria que rodea al Todopoderoso, que le veremos y compartiremos Su bienaventuranza, de acuerdo al texto, “Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,50).

María es Mater Christi

La Madre de Cristo

Cada título de María tiene su propio significado especial y puede ser tema de una meditación. La invocamos como *Madre de Cristo*. ¿Qué fuerza tiene dirigirse a ella de este modo? Nos recuerda que fue profetizada desde el principio y asociada a las esperanzas y oraciones de todos los hombres santos, de todos los verdaderos adoradores de Dios, de todos los que “esperaban la redención de Israel” en cada época anterior a su llegada (Lc 2,25).

Nuestro Señor fue llamado Cristo o Mesías por los profetas y el pueblo judío. Los dos términos, Cristo y Mesías, significan lo mismo, el “Ungido”. En los tiempos antiguos había tres grandes oficios o ministerios por los cuales Dios hablaba a Su pueblo elegido, los israelitas, o judíos, como fueron llamados fueron más tarde, el oficio de Sacerdote, el de Rey, y el de Profeta. Aquellos que eran elegidos por Dios para alguno de estos oficios eran ungidos solemnemente con óleo, que significaba la gracia de Dios concedida para que cumplieran debidamente sus importantes obligaciones. Pero nuestro Señor fue las tres cosas, Sacerdote, Profeta y Rey. Sacerdote porque Se ofreció a Sí mismo como sacrificio por nuestros pecados, Profeta porque nos reveló la Santa Ley de Dios, y Rey porque nos gobierna a todos. Por eso es el Cristo, único y verdadero.

El pueblo elegido, los judíos, o israelitas, o hebreos (pues son distintos nombres para el mismo pueblo), esperaron a este gran Mesías de edad en edad. Tenía que venir a poner en orden todas las cosas. Pero después de esta gran cuestión que ocupaba sus pensamientos, es decir, *cuándo* vendría, estaba la cuestión de *quién* sería Su Madre. Se les había dicho desde el principio que no vendría desde el cielo sino que nacería de una mujer. En el momento de la caída de Adán, Dios había dicho que el *linaje* de la *mujer* pisaría la cabeza

de la serpiente (Gen 3,15). ¿Quién iba a ser esa mujer, señalada tan significativamente a la raza caída de Adán? Muchos siglos después, fue revelado a los judíos que el gran Mesías, o Cristo, el linaje de la mujer, nacería de la raza de ellos y de una tribu en particular entre las doce que la componían. Desde entonces toda mujer de esa tribu esperaba tener el gran privilegio de ser la Madre del Mesías, del Cristo, pues era razonable pensar que si El iba a ser tan grande, la Madre sería también grande, buena y bendita. Por eso, entre otras razones, tuvieron tan alta estima del matrimonio, ya que no sabiendo nada de la concepción milagrosa del Cristo cuando viniera realmente, pensaron que el rito matrimonial era el camino necesario para Su llegada.

Si María hubiera sido como las otras mujeres, habría anhelado el matrimonio que le ofrecía la perspectiva de dar a luz al gran Rey, pero era demasiado humilde y pura para tener tales pensamientos. Había recibido la inspiración de elegir un camino mejor para servir a Dios, que no había sido dado a conocer a los judíos: el estado de la virginidad. Prefirió ser Su Esposa a ser Su Madre. Por eso, cuando el Ángel Gabriel le anunció su alto destino, no se atrevió a aceptarlo hasta estar segura de que no la obligaba a revocar su propósito de una vida virgen ofrecida a su Dios.

Así fue que llegó a ser la Madre de Cristo, no del modo como las mujeres piadosas de todas las épocas habían esperado, sino declinando la gracia de tal maternidad, que obtuvo por medio de una gracia más elevada. Y este es el significado pleno de las palabras de Santa Isabel, cuando la Bienaventurada Virgen llegó a visitarla, y que usamos en el Ave María: “Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de vientre”. Y por eso es que en la devoción llamada *Corona de las doce estrellas*, alabamos al Espíritu Santo por quien ella fue *a la vez* Virgen y Madre.●—

Nada eleva más el espíritu que la conciencia de ser un miembro de una grande y victoriosa compañía... Esta es la razón por la cual es característico del cristiano mirar hacia los primeros tiempos. El hombre de este mundo vive en el presente o especula sobre el futuro, pero la fe descansa sobre el pasado y se contenta. Hace del pasado el espejo del futuro... Ahora bien, una persona que cultiva estos pensamientos, encuentra en ellos, por la misericordia de Dios, gran ánimo...sabe que las opiniones de hoy son accidentes del momento, y que caerán como han aparecido. Caerán seguramente, aunque en fecha distante. Trabaja para ese tiempo, para los próximos quinientos años. Puede sobrellevar en la fe esperar quinientos años, esperar por largo tiempo, hasta después que se haya convertido en polvo...Y tan lejos como el cristiano mire hacia atrás, tanto podrá mirar hacia adelante. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un Dios y Padre de todos, del principio al fin.

Parochial and Plain Sermons III, 17 (1834)

